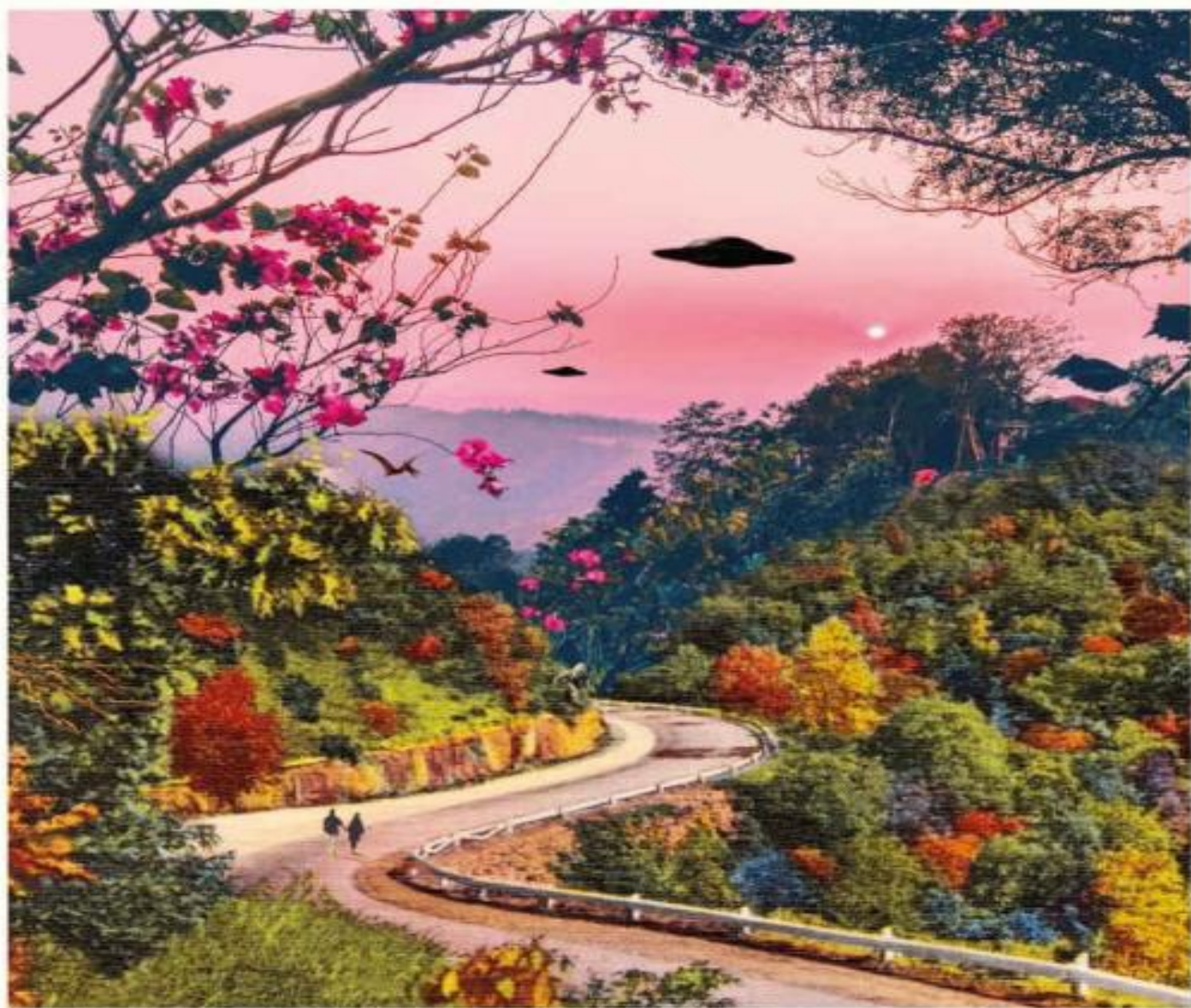




IMPEDIMENTA

JON BILBAO
Los extraños





Los extraños



JON BILBAO



IMPEDIMENTA



Una pareja con dificultades. Una casa demasiado grande. Ribadesella. Invierno. Ovnis. Una nouvelle dotada de un pulso extraordinario.

«Cada obra de Bilbao es una celebración de la narratividad, del gusto por contar inexcusable en cualquier relato.»

El Cultural

«El gran mérito de Bilbao es, además de retratar unos personajes impactantes, su notable agilidad, ese ritmo trepidante que nos lleva de una historia a otra, sin darnos cuartel.»

Rosa Martí, Esquire

PARTE I

Katharina lo oye teclear en el salón. Ella está en la habitación que comparten, la más espaciosa de la casa, donde él dormía cuando era niño. Si quisiera decirle algo cara a cara, tendría que cruzar el amplio cuarto, recorrer ocho metros de pasillo, bajar quince escalones, girar a la izquierda en el recibidor de la planta baja y llamar a la puerta con cristales emplomados del salón. Y aun así lo oye teclear en su ordenador. Apenas pasan vehículos por la carretera ante la casa. Cuando por fin alguno interrumpe el silencio, el siseo de las ruedas sobre el asfalto mojado la deprime más aún. Hace cuatro días que llueve sin descanso. Tumbada en la cama, recostada en un almohadón que huele a humedad, con el ordenador portátil sobre el regazo, pierde el tiempo en internet en lugar de trabajar. Usa el chat para comunicarse con Jon.

«¿Qué haces?»

La respuesta tarda en llegar. Debe estar terminando un párrafo.

«Dorsales oceánicas»

Ahora le encargan temas de geología. Antes fueron máquinas térmicas. Antes, física.

«Un té?»

De nuevo, la respuesta se demora.

«Luego. Tómallo tú»

No insiste. Es viernes; sabe que él quiere terminar la cuota semanal de capítulos y enviarla.

Hace mucho rato que Katharina no oye ruido en la cocina. Lorena, la mujer que limpia la casa y les prepara la comida, estará echándose una de sus siestas. Trabaja para la familia de Jon desde hace años. En la despensa tiene un sillón, una radio, revistas y, en una balda de la alacena, frente a los tarros de aceitunas y las latas de atún, fotos enmarcadas de sus nietos y una imagen de la Virgen de Covadonga.

Le apetece el té, pero no quiere ver a Lorena. Un ciprés más alto que la casa crece frente a la ventana, bloqueando casi toda la vista. A los lados del árbol, entre la llovizna, se intuye la ría y, en la otra orilla, el pueblo. Suena la campana de la iglesia. Las cinco.

Está traduciendo al alemán un manual de odontología. El texto tiene seis autores: dos mejicanos, dos colombianos, un peruano y un argentino; cada uno escribe empleando las expresiones y giros propios del castellano en su país, y ninguno escribe bien. Cuando ella aceptó el encargo, Jon dijo que la ayudaría. No lo está haciendo. Le regaló un atril para apoyar el libro al lado del ordenador; eso fue todo. Katharina tiene abierto el archivo, pero hoy no ha traducido nada. Como sucede a diario, Jon le preguntará luego cuántas páginas ha avanzado; ella se enfada por anticipado con él.

Suena la campana de la iglesia. Las cinco y media.

Le sobresalta el teléfono móvil. Se queda mirando la pantalla. Es su padre. Sabe muy bien lo que él quiere decirle, y sabe asimismo que, si lo oye una vez más, es muy posible que ceda. Rechaza la llamada.

Suena la campana de la iglesia. Las seis.

Se relaja un poco. Es la hora a la que deja de trabajar, y también la hora a la que Lorena se va a su casa. Sin embargo, sigue sin oír nada más que el tecleo lejano en el salón. Se asoma al pasillo. A estas alturas ya sabe cuáles son las tablas que más crujen. Las pisa de camino al cuarto de baño. Tira de la cisterna. Cierra la puerta de golpe. Vuelve a la habitación saltando de tabla en tabla, a la pata coja, como si jugara a la rayuela.

Suena la campana de la iglesia. Las seis y media.

¡Marcho!

Katharina da un respingo. Ahora es ella la que se ha quedado adormilada.

¡Dejé comida!

Lorena grita en el pasillo, desde donde parten las escaleras hacia la planta baja.

¡Gracias, Lorena! ¡Hasta el lunes!, responde Jon desde el salón.

Katharina espera hasta que oye cerrarse la puerta.

Después espera un poco más, por si a Lorena se le ha olvidado algo, como le sucede con frecuencia, y vuelve a entrar. A veces lo hace sigilosamente, con alguna disculpa absurda —coger un paquete de pañuelos de papel o cerrar una ventana que ha dejado entreabierta—, como si confiara en sorprenderlos en actitud íntima o censurable. Cuando oye los petardeos del ciclomotor de Lorena, Katharina va a la cocina y levanta la tapa de la cazuela que se enfría sobre el fogón. Carne guisada con alcachofas y guisantes, igual que el fin de semana anterior. Según Lorena, la carne guisada «aguanta bien». En la nevera, táperes y platos cubiertos con papel de aluminio, con sobras de toda la semana. Uno por uno, los olfatea y tira el contenido a la basura.

«Voy al supermercado»

«Ayuda?»

«No»

Se pone el impermeable y sale a la calle. Ya están en abril. Cuando ella se lamenta del mal tiempo, Jon responde que al menos los días son más largos, pero Katharina opina que eso solo prolonga la grisura. La puerta trasera da a la ladera escarpada donde se encuentra la casa. Cobijada bajo el alero, respira el olor a tierra y vegetación empapadas. Rodea la vivienda y baja por unas escaleras de piedra hasta la cochera. Desde allí, una resbaladiza cuesta adoquinada descende hacia la entrada de la propiedad, al nivel de la carretera. Antes de la puerta enrejada, hay una cueva, un antiguo desaguadero natural del monte. Como Katharina no sabe bajar la cuesta marcha atrás, aparkan el coche allí dentro.

Aunque a las afueras de Ribadesella hay un hipermercado mejor surtido, a ella le gusta hacer las compras en las tiendas del pueblo, así puede ver a más gente e intercambiar unas palabras con los dependientes. Quiere preparar una cena informal. Se cree merecedora de caprichos. Compra

paté de aceitunas negras, salmón, almejas y una botella de vino blanco. Termina las compras antes de lo que le gustaría. Quisiera entrar en un bar, pedir una cerveza y charlar con alguien, pero Jon ya no tiene amigos en el pueblo. Hace muchos años que se fue de aquí. Tiene conocidos, pero a nadie con quien quiera alternar, y eso la priva a ella de vida social.

Regresa al coche y cruza el puente que salva la ría, pero en lugar de girar a la izquierda y dirigirse a la casa, sigue hacia la playa. Paseará un rato, retrasando el momento de volver, pese a la lluvia.

La ría traza una curva al pie del monte Corbero y desemboca en un extremo de la playa. Con tanta lluvia, baja enrabiada; el agua, espumosa y de color pardo. La playa presenta un aspecto muy diferente al que tiene en verano, cuando ella y Jon vienen a pasar unos días, y los padres de él están en casa y se ocupan de todo e insisten en que ellos vayan a bañarse y descansen cuanto puedan. Ahora, unos oscuros diques de broza y de residuos de plástico recorren la arena. Los padres de Jon pasan los inviernos en Canarias.

Tres chavales con ropa de agua han encendido una hoguera usando madera de deriva. Como la leña está empapada y sigue llovisnando, no dejan de alimentarla con el contenido de una lata de queroseno para barbacoas. Mientras uno cuida del fuego, los otros revuelven la broza en busca de botes de aerosol. Cuando encuentran uno, lo arrojan a las llamas, se apartan y esperan, brincando, excitados, hasta que el calor inflama los restos del contenido del bote y este sale despedido como un proyectil. Si pasa cerca de alguno, se llevan las manos a la cabeza y lanzan aullidos. Los acompaña un rottweiler que se entretiene destrozando una botella vacía de lejía. El perro se encoje y mira asustado alrededor cada vez que un aerosol estalla.

Acodada en la barandilla que bordea la playa, con la capucha del impermeable puesta, Katharina los contempla hasta que uno se fija en ella y le devuelve la mirada. Katharina sorbe con fuerza por la nariz. Se está resfriando. El chico le hace un gesto con el mentón, que puede ser un saludo o una invitación a que se largue. Ella acumula flema en la boca y escupe a la arena.

«Ya has vuelto?»

«He dado un paseo por la playa»

«Qué tal?»

«Mucho ruido»

«Ruido?»

«Las olas, el viento. No sé»

Durante la cena, no cesa de rellenar la copa a Jon.

¿Quieres emborracharme?

Mucho.

Dejan la mesa sin recoger y pasan a la sala de estar del piso de arriba, más pequeña pero también más acogedora que el salón de abajo. Él se ha llevado la copa.

¿Una película?, pregunta Katharina, y, sin esperar la respuesta, va a por su ordenador portátil.

De vuelta en la sala, entra en una página de vídeos porno y selecciona uno; una chica y dos

hombres. Deja el ordenador en la mesa de centro y se acomoda en el sofá pegada a él. A Katharina no le entusiasma el porno; lo considera un recurso de emergencia. Coge la copa de Jon y bebe un sorbo. El vídeo no tiene preámbulos, no se toma la molestia de elaborar una escena y crear una expectativa. Arranca con un hombre a cada lado de la chica, los dos toqueteándola. Ellos están desnudos. El decorado es una sauna finlandesa, aunque ella viste lencería y calza tacones. Se deja hacer mientras les agarra la polla como si sostuviera el manillar de una bicicleta. Katharina posa la mano en la entrepierna de Jon. El video es lento, con planos demasiado largos, y ninguno de los actores es atractivo.

¿Ponemos otro?, sugiere Katharina, y él asiente. ¿Quieres elegir tú?

No. Escoge lo que te guste.

El siguiente vídeo tiene muy baja definición y el tercero —de ambientación carcelaria— es tan ordinario que a ella le acaba desagradando y propone pararlo. De todos modos, el recurso del porno no estaba surtiendo efecto. Se hallan inapetentes. O nunca tienen ganas al mismo tiempo. Vuelven a hablar de ello. Se felicitan por ser capaces de racionalizarlo y de decir que no hay motivos para preocuparse. Es algo temporal. Lo atribuyen a las circunstancias. Se besan y se abrazan.

¿Vemos una película de verdad?, dice él.

Pero Katharina no contesta. Mira hacia la ventana, alarmada. La ventana da a la ría y al pueblo.

¿Qué es eso?

Se ponen en pie. Él tropieza con la mesa, está a punto de tirar el portátil.

No se distingue, dice. Apaga la lámpara, y Katharina obedece.

En el cielo, sobre el pueblo, unas luces. No parpadean, como las luces de posición de los aviones. Corresponden a tres objetos; definen el contorno de cada uno: triangular, ahusado y circular. Rojas, azules y verdes, respectivamente. Resulta imposible estimar las dimensiones de los objetos y la distancia a la que se encuentran. Cuando Katharina los ha visto, estaban inmóviles, y continúan así unos momentos, hasta que comienzan a desplazarse de manera alternativa y en zigzag, como en una suerte de coreografía o de movimientos de ajedrez sobre un tablero invisible. Quizá por un efecto de la llovizna que continúa cayendo, los desplazamientos dejan una estela azul claro, como si los objetos borrarán la noche y permitieran ver, fugazmente, el cielo diurno. Luego, los tres se mueven al unísono; el circular y el ahusado persiguen al triangular, que, más pequeño y veloz, los elude mediante quiebros. Esta maniobra o juego dura solo unos segundos, tras los que los objetos se reúnen, sobrevuelan juntos el monte Corbero, en dirección al mar, y se pierden de vista.

Pegados a la ventana, Katharina y Jon guardan silencio a la espera de que suceda algo más: el regreso de los objetos o que se dé algún tipo de reacción. Al otro lado de la ría, parece que el pueblo no se ha inmutado. En los edificios no hay más ventanas iluminadas, ni menos. Por el puente y las calles que alcanzan a ver, no circulan más vehículos. Jon abre la ventana, por si se

oye algo: voces de alarma, sirenas. Nada.

Hace frío, dice ella. Cierra, por favor.

Katharina vuelve a encender la lámpara. Desaparecidas las luces del cielo, la oscuridad en la sala es insoportable.

Cuando ella se duerme, Jon se levanta. Tantea la silla donde deja la ropa y se pone un jersey grueso encima del pijama. En el pasillo, evita las tablas ruidosas. Va a la sala. Antes de hacer nada, mira por la ventana. El único cambio es que ha cesado de llover. El cielo se encuentra en calma. Coge el móvil de Katharina, que ella ha dejado en la mesa de centro, junto al ordenador. Lo desbloquea y consulta el registro de llamadas. Esa tarde, mientras estaba trabajando, oyó que alguien la llamaba. Su padre. Para insistirle de nuevo en que vuelva a Múnich, seguro. Ver que ella rechazó la llamada apenas le tranquiliza. Revisa los mensajes y el correo. Casi todo está en alemán, idioma del que entiende poco. Hay algunos correos en inglés, de productoras audiovisuales; ninguna necesita personal en este momento, pero archivarán su currículum.

Sentado a la mesa de la cocina, deja constancia en un cuaderno de lo que vio en el cielo. La escritura prolonga la experiencia. Al mismo tiempo, atempera el efecto producido por las luces, que no le deja dormir. Se siente más emocionado que cuando Katharina le dijo que estaba embarazada. Sucedió nada más instalarse en la casa, sin que lo hubieran planeado.

De reojo, ve una luz en el cielo. Corre a la sala, cuya ventana ofrece una vista mejor. Un helicóptero sobrevuela el pueblo en círculos. Poco después, se aleja hacia el mar, siguiendo el rumbo que tomaron los objetos. Antes de irse a la cama, Katharina y él encendieron la radio. Llevaban un rato comentando lo que habían visto en el cielo. En el pueblo seguían sin apreciarse cambios. La emisora autonómica cerró las noticias de medianoche con una nota acerca de unas luces extrañas avistadas sobre Ribadesella, nada más. Varios periódicos publicaron en sus ediciones digitales fotografías enviadas por testigos. Todas eran decepcionantes: el cielo nocturno y unos puntos de colores, insignificantes, triviales, fácilmente confundibles con reflejos sobre la lente. Ninguna de las fotos hacía justicia a lo que Jon y Katharina presenciaron: algo inédito, superpuesto por unos instantes a la realidad; algo que Katharina puede interpretar como la señal que espera para irse.

* * *

Por la mañana sigue sin llover; incluso se han abierto claros. Jon propone ir caminando al pueblo para tomar un café y ver qué se dice sobre las luces. Cuando bajan la cuesta de la casa, ven a una pareja al otro lado de la verja de entrada. Parecen discutir sin levantar la voz. Él no deja de señalar hacia la vivienda. Cada uno lleva una maleta voluminosa. La chica ve a Katharina y a Jon y hace una seña a su acompañante para que se calle.

Hola, dice él saludándolos con la mano, muy sonriente. ¿Jon?

Sí.

Me alegro mucho de verte, primo.

Parecen de la misma edad que Jon y Katharina —él, en la mitad de la treintena; ella, unos años menos—, pero se encuentran en mejor forma. Están muy bronceados. Él viste una cazadora de aviador y pantalones chinos. La brisa del nordeste le revuelve el abundante pelo rubio; algunos mechones son tan claros que parecen blancos, reflejan los tímidos rayos del sol. Basta verlo para saber que dedica mucho tiempo a peinarse, y luego a despeinarse en la medida justa. Tiene una sonrisa amplia que sostiene sin esfuerzo. Recuerda a un Robert Redford con nariz de vasco. Ella es de piernas largas y muy delgadas. Calzada con tacones, lo supera a él en altura. Lleva un abrigo de piel y gafas de sol. El pelo le cae hasta la cintura, liso y negrísimo.

Jon se acerca, receloso.

Soy Markel, el hijo de Ainhoa y Xabier, aclara el recién llegado, hablando a través de la reja, sin dejar de sonreír.

¿Cómo?

Markel se dirige ahora a Katharina: En realidad somos primos segundos. Su abuelo materno y el mío eran hermanos. Virginia me decía que no debíamos molestaros si no estaba seguro de que esta era la casa. Pero yo sabía que lo era. He visto muchas fotos. Es inconfundible.

Jon los mira inmóvil.

Jontxu, dice Katharina, abre la puerta.

Él obedece con renuencia. Su primo le estrecha la mano.

Menudo jardín. Parece un bosque. Y tenéis vuestra propia cueva.

Concluyen las presentaciones —Virginia, Katharina—, y Markel explica que acaban de llegar al pueblo. No sabían la dirección de la casa, pero al taxista le dijeron el nombre de la madre de Jon y que la casa está cerca de las cuevas rupestres de Tito Bustillo y eso fue más que suficiente. En realidad, la casa es adyacente al yacimiento prehistórico.

Estamos de viaje y digamos que hemos venido a parar aquí. ¿No están tus padres?

Jon responde negativamente.

¿Por qué no subimos?, propone Katharina. Aquí hace frío para hablar.

Muy buena idea, dice Markel.

El primo coge su maleta y Jon tiene que ocuparse de la de Virginia; pesa, le cuesta acarrearla por la rampa adoquinada. La chica no ha abierto la boca y se mantiene un paso por detrás de Markel. No cesa de mirar a su alrededor, aunque sin manifestar emoción alguna.

Ten cuidado, le dice Katharina señalando sus tacones. Esta cuesta es traicionera.

La chica la mira por encima de las gafas de sol y asiente.

Katharina prepara café y lo sirve en la sala de estar. Markel cuenta que Virginia y él llevan tres meses viajando. Han estado en Panama City, Miami, Londres y Niza, y en algún otro sitio intermedio, haciendo turismo y visitando a amigos. Ahora van camino de Madrid y han parado a saludar a la familia.

¿Dónde vivís?, le pregunta Katharina a Virginia.

Santiago de Chile, responde Markel.

Jontxu, no me habías hablado de ellos.

En realidad nunca nos hemos visto, responde él.

Katharina los mira con desconcierto. Markel, sentado al lado de Jon, lo abraza, haciéndole derramar café en la alfombra.

Pero eso no importa, ¿verdad? Somos familia. Y seguro que hemos oído hablar mucho el uno del otro. ¿Cierto?

Algo, dice Jon.

Notándolo incómodo, Katharina interviene.

No tienes acento chileno.

La explicación es fácil...

Traeré más café, dice Jon, y va a la cocina. Desde allí llama por teléfono a su padre.

¿Que está ahí quién? Su padre suena encantado. ¿Pero cómo se le ocurre ir sin avisar? Si lo llegamos a saber, habríamos vuelto antes para verlo.

Entonces Jon oye cómo su padre, apartando el auricular de la boca, explica a su madre lo que pasa. Oye también la exclamación de alegría de ella.

¿Con quién dices que está? ¿Alguna novia?, pregunta su padre.

Con una chica. Supongo que su pareja.

Menudo es ese. Las tumba a todas. Ya puedes vigilar a Katharina. Se quedan unos días, ¿no?

No han dicho nada de eso. Parece que están de paso.

Bobadas. Invítalos a quedarse. Son familia. Vete a saber cuándo volverás a verlo.

Jon se abstiene de decir que no lo sabe y que tampoco le importa. Para él, los vínculos familiares tienen menos importancia que para su padre. En segundo plano, oye a su madre decir: Claro, claro, que se queden. Hay habitaciones de sobra.

Aita, ¿vosotros lo conocéis? ¿Lo habéis visto alguna vez?

Claro que sí. Cuando era un crío, antes de irse a Chile.

Entre lo poco que Jon sabe de su primo segundo se cuenta que es hijo único y huérfano. Su padre, ingeniero industrial, trabajaba en un yacimiento de fosfatos en Argelia. Pasaba periodos extensos lejos de su familia, que vivía en Bilbao. De cuando en cuando, su mujer iba a visitarlo y disfrutaban de una temporada juntos. Mientras tanto, Markel se quedaba en casa con una cuidadora. En el transcurso de una de aquellas visitas, la avioneta que llevaba a la pareja a las ruinas de Timgad sufrió un problema nunca clarificado y se estrelló en el desierto. Su abuelo materno, que residía en Santiago de Chile, se hizo cargo del niño.

No hemos venido de vacaciones, aita. Estamos trabajando.

Bobadas. Es fin de semana. Y esos trabajos vuestros no son tan urgentes, digo yo. Di a ese cabrito que se ponga. Queremos saludarlo.

Jon va a la sala y tiende a su primo el teléfono.

Mis padres. Quieren hablar contigo.

Los demás guardan silencio mientras Markel conversa sin dejar de sonreír.

No, no puede ser... En serio... Nos esperan en Madrid... Se enfadarán si no vamos... Bueno, sí, es cierto... Se lo preguntaré a Virginia... Y a Jon y... Katharina, claro... Muchas gracias... Sois muy amables...

Devuelve el teléfono a Jon, que se lo lleva al oído, pero su padre ya ha colgado.

Nos ha invitado a pasar aquí el fin de semana, dice Markel, pero no queremos ser una molestia. Si tenéis planes, nos vamos ahora mismo.

No tenemos ningún plan, dice Katharina, que durante la conversación con el primo se ha sentido intrigada, más que por él, por Virginia, que apenas ha pronunciado unos pocos monosílabos y parece esforzarse por mantener una cara inexpresiva; si acaso, muestra la reserva de quien afronta una tarea que prevé aburrida, quizá desagradable. La chica no se ha quitado el abrigo de piel, solo lo ha dejado deslizar espalda abajo, manteniendo los brazos dentro de las mangas. Lleva un jersey de lana ajustado, negro, de cuello cisne, y pantalones blancos y negros, con estampado de pata de gallo. Tiene el pecho plano, como el de un chico, aunque para nada se mueve como un chico. Sus muslos son tan finos como las pantorrillas, lo que hace que sus piernas parezcan más largas aún. Cada vez que las cruza, da una patada a la mesa de centro. Él lleva un jersey como el de ella. Mientras hablaban, ninguno de los dos dejaba de bostezar; él, disimuladamente; ella no. Markel se ha disculpado diciendo que han viajado toda la noche.

Claro, quedaos, dice Jon. Mis padres os han invitado y esta es su casa.

Jon, dice Katharina, no seas maleducado. Nosotros también os invitamos. Estamos encantados de tener compañía.

Animada de pronto, mira por la ventana, aplaude, se pone de puntillas, desperezándose. Hace sol. Propone salir a dar un paseo, comer en el pueblo.

La habitación de abajo está libre, dice. Os podéis instalar allí.

Bajan las escaleras acarreando las maletas. Sin desprenderse todavía de la prevención, Jon guía a las visitas: el dormitorio, el cuarto de baño que tienen a su exclusiva disposición, el antiguo despacho de su padre y el salón. Esta es la estancia más amplia de la casa. Markel admira la chimenea de mármol, las piezas de marfil regaladas por un amigo de la familia, misionero seglar en Burundi, las paredes recubiertas de madera, las arañas de cristal y la biblioteca con las obras completas de Zane Grey. Aunque también hay desconcierto en sus ojos. Señala la profunda hornacina en la pared del fondo, que alberga un sillón y una lámpara de lectura.

Eso no estaba así, dice. Antes teníais ahí un mueble bar.

Puede ser, dice Jon. Hace mucho. Ni me acordaba.

Y los sofás son nuevos. Y los estores. Ya no hay cortinas, dice con lo que se puede interpretar como desilusión. Habéis cambiado los muebles de sitio.

¿Cómo lo sabes?, pregunta Jon.

Por las fotos. Esta casa es famosa en la familia. ¿No lo sabías?

Jon reconoce que no.

Poneos cómodos, dice Katharina. Nosotros os esperamos arriba. No superarán a los de Londres y Niza, pero hay un par de restaurantes en el pueblo que no están nada mal.

Los llevan a un local en una calle trasera, evitando los restaurantes del puerto, más turísticos. Markel conduce la conversación, salta de una anécdota a otra, menciona muchos nombres, conoce a gente del cine, del teatro, de la política. Se interesa por los padres de Jon y por el resto de la familia, tíos, primos, aunque es poco lo que Jon puede decirle. Hablan en castellano, saltando con naturalidad al inglés cuando Katharina no entiende algo. Son el tipo de personas que siempre piden una copa en los aviones, piensa ella, y que la disfrutan con la misma templanza que si estuvieran en el bar de un hotel, aunque viajen en turista, siempre protegidos por un aura de primacía.

¿Tú no bebes?, le pregunta Markel, rellenando las copas de vino.

Hoy prefiero no hacerlo, dice Katharina. Tiene los ojos húmedos después de tanto reírse con la última anécdota de Markel.

Virginia sigue callada. Al menos se ha quitado el abrigo. Apenas ha abierto la boca, salvo cuando, a la hora de pedir el aperitivo, ha ordenado a Markel que tome vino en lugar de cerveza, pues es más elegante, y él ha obedecido. Su castellano tiene una mezcla de acento chileno e inglés.

¿De dónde eres, Virginia?, pregunta Katharina.

Markel responde en su lugar.

De Hull, en Yorkshire. ¿Conoces el sitio? Yo tampoco, pero no nos perdemos nada, ¿verdad?, pregunta a Virginia, que niega en silencio.

Algunas de las cosas que Markel dice hacen que Virginia ponga los ojos en blanco; en cuanto a sus anfitriones, no parecen despertarle ningún interés. Come sin mirarlos, llenándose ambos carrillos y limpiándose los labios con la servilleta tras cada bocado. Katharina no deja de mirarla de reojo. Le fascina cómo dilata los orificios nasales. Hace pensar en una yegua sedienta que olfateara agua. Markel también se atiborra, habla sin dejar de comer ni de rellenar su copa y las de los demás. Cuando llegan al postre, los visitantes encadenan bostezos.

Perdón, dice Markel. Qué impresión estamos dando.

Katharina sugiere volver a casa para que descansen.

Mientras cruzan el puente, ven gente en el prado de San Juan. Están plantando tiendas de campaña. El prado es una ancha franja desecada que se extiende unos doscientos metros a lo largo del centro de la ría, antes del puente. Originariamente una zona de marisma, el Ayuntamiento la habilitó como espacio de asueto y acampada. Un puentecillo de madera la conecta con la orilla izquierda de la ría, a poca distancia de la casa de la familia de Jon. Los campistas parecen estar instalando alguna clase de equipo tecnológico.

Voy a echar un vistazo, dice Jon.

Markel se ofrece a acompañarlo. Ellas los siguen sin decir nada. En efecto, los campistas despliegan telescopios, cámaras fotográficas y de vídeo, estaciones meteorológicas portátiles,

visores de infrarrojos y contadores Geiger. Se detienen ante una de las tiendas mejor equipadas. Pertenecen a un hombre y a una mujer, ambos ancianos, que se acucillan dolorosamente para extraer sus aparatos de cofres estancos. Llevan gorras y anoraks a juego, negros y con la leyenda: «vigilantes» bordada en amarillo.

¿Para qué quieren todo esto?, pregunta Markel.

El hombre se yergue restregándose las manos en las perneras de los pantalones.

Para detectar el vórtice energético.

Y, si vuelven, registrar todos los datos, añade la mujer.

¿Si vuelve quién?

¿No lo sabe?

Markel dice que acaba de llegar. La pareja de ufólogos le explica lo sucedido y le muestra en un móvil las fotos aparecidas en la prensa. Markel las contempla frunciendo el ceño y luego sonríe y mira a su alrededor, como si le estuvieran gastando una broma.

¿En serio?

La pareja no se ofende.

Un caso de *contactismo* masivo como hay pocos, dice el hombre.

¿Vosotros sabíais algo?, le pregunta Markel a Jon, que responde que lo presenciaron todo, y señala la casa, bien visible desde donde se encuentran.

¡Testigos!, dice la mujer.

Nos gustaría hacerles unas preguntas, dice el hombre a la vez que se palpa los bolsillos. ¿Dónde hemos puesto la grabadora?

¿Hacían ruido al desplazarse? ¿Una especie de susurro?, pregunta la mujer. ¿Alguno desprendía chispas?

Lo siento, dice Jon, pero tenemos que irnos.

Bueno, quizá en otro momento entonces, dice el hombre. Nos quedaremos aquí todo el tiempo que haga falta.

Queremos entrevistar a los vecinos. Es vital el ambiente social en el que acontece el fenómeno, añade ella.

Mientras vuelven a casa, a Markel le cuesta, por primera vez desde su llegada, mantener la sonrisa. Niega con la cabeza y farfulla para sí mismo. Se cruzan con más gente cargada con equipos de acampada.

Es inverosímil toda esta credulidad, dice señalando a los ocupantes del prado. ¿Es que no tienen nada mejor que hacer? ¡Son adultos, por Dios!

Una vez en casa, Jon y Katharina dejan a los visitantes en la planta baja y, deseándoles un buen descanso, suben la escalera, pero un momento después Markel sube también y pide a Jon sábanas, mantas y una almohada, para que Virginia se instale en el sofá del salón.

¿Hay algún problema?

No, responde Markel tranquilamente. Es solo que no dormimos juntos. No somos pareja.

Cuando Jon le manifiesta su confusión, Markel le aclara que Virginia es su ayudante.

Mi abuelo la llama mi niñera, y no le falta razón. Sin ella no sabría qué hacer. Soy un inepto para los problemas prácticos. Si estuviera solo, en cuestión de días acabaría arruinado o muerto.

Explica que Virginia era una de las secretarias de su abuelo y que este le ofreció un aumento de sueldo a cambio de cuidar de él durante el viaje.

¿Cuántas secretarias tiene tu abuelo?

Tres. Pero ha llegado a tener cinco. Se pelean entre ellas. Una acusó a otra de sabotearle los frenos del coche. Virginia está mejor conmigo, dice Markel, y sonrío y se aparta el pelo que le cae sobre la frente.

Katharina ha escuchado sin perder detalle. Jon da a su primo la ropa de cama y lo acompaña abajo para retirar el portátil y los libros de la mesa del salón, donde tiene su lugar de trabajo.

Siento el trastorno, dice Markel.

No hay problema. Tenemos sitio de sobra.

Cuando sube, Jon se encuentra con Katharina pegada a la pared del pasillo, escondida en el extremo de la escalera.

¿Qué haces?

Ella se lleva el dedo a los labios.

Oyen abrirse la puerta del cuarto de baño de abajo y el taconeo de Virginia camino del salón, y cómo entra y cierra la puerta.

Leen un rato en la sala de estar. La casa está en silencio. Ella se levanta varias veces, va a la cocina, a su cuarto, hace un alto junto a las escaleras, vuelve a la sala, mira por la ventana hacia el prado de San Juan, donde no deja de crecer el número de tiendas de campaña. Jon la observa, a la espera de que diga algo, pero ella permanece concentrada. A Katharina le es imposible estarse quieta. Vuelve a levantarse y a salir de la habitación. Él deja su libro. Encuentra a Katharina mirándose en el espejo desazogado del pasillo, e intentando mover las aletas de la nariz.

¿Cómo lo consigues?, le pregunta ella. Debe tener más músculos que nosotros. ¿Adónde vas?

En esta casa siempre hay cosas que hacer.

Jon había prometido a sus padres ocuparse del mantenimiento y realizar algunas reparaciones como pago por su estancia. Reserva los fines de semana a tales labores, pero hasta ahora el empeño puesto en ello ha sido superficial. Coge una escoba de paja y sale a barrer las escaleras exteriores. La vivienda dispone de una terraza en cada piso. A la inferior y más amplia —en realidad el tejado de la cochera— dan las ventanas del despacho, del dormitorio de la planta baja y del salón. La barre también. Entre las cortinas del cuarto, ve a su primo. Duerme sobre una de las dos camas individuales, vestido y con un brazo echado sobre la cara. Su maleta, abierta, ocupa la otra cama. En el salón, las persianas están bajadas del todo.

Katharina limpia la cocina.

¿Te has vuelto hacendosa?

¿Qué es hacendosa?

No importa.

¿Has visto algo?, pregunta ella.

Él dice que no.

Markel y Virginia duermen toda la tarde. Suben las escaleras cuando Jon y Katharina están poniendo la mesa para la cena.

Cenan la carne guisada que hizo Lorena. Están en la cocina; Jon ha trasladado su lugar de trabajo al comedor.

Markel se apoya en la mesa con los brazos cruzados y, como siempre, dice sonriendo: ¿Dónde encontraste una chica como ésta, Jon? Lo pregunta mirando a Katharina, que se ha cambiado de ropa y maquillado discretamente. Virginia deja caer los cubiertos y toma un sorbo de vino.

¿Te pasa algo?, le pregunta Markel.

Ella hace un mohín de hartazgo y niega con la cabeza.

¿Me estoy portando mal? ¿Vas a contárselo a mi abuelo?, dice él despreocupadamente, como si supiera que ella no se atreverá a hacerlo. ¿Y bien?, insiste. ¿Cómo os conocisteis? Cuéntamelo tú, Katharina.

Ella toma aire y sonríe agachando la mirada, se recoloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Explica que se conocieron dos años atrás, en San Francisco, mientras viajaban por Estados Unidos, después de que cada uno hubiera dejado su trabajo. Se enamoraron y él le propuso vivir en España. Jon es ingeniero de minas; a la vuelta, a su pesar, recurrió de nuevo a su formación técnica y aceptó un trabajo en un negocio de instalación y mantenimiento de persianas. Mientras tanto, ella traducía y corregía textos; siempre encargos intermitentes y mal pagados.

Hizo una pausa y miró a Jon, le acarició la mano.

Hace unos meses tuvimos una pequeña crisis. A Jon no le gustaba reparar persianas. Sufría la misma frustración que antes de ir a Estados Unidos.

No dije eso.

Algo parecido. En cualquier caso, también dejó ese trabajo. Y yo acudí al rescate. Le puse en contacto con una empresa de servicios editoriales que me hace encargos de vez en cuando. Necesitaban redactores para una enciclopedia temática. Les cuesta encontrar gente con conocimientos técnicos y que escriba con soltura. Y entonces Jon me propuso mudarnos temporalmente a Ribadesella, para proyectar nuestros siguientes pasos.

Markel se interesa por cuáles serán. Katharina dice que le gustaría entrar en el medio audiovisual, en labores de producción.

Aunque aquí lo veo complicado. En Múnich tengo contactos, pero Jon no quiere trasladarse.

¿Por qué?, quiere saber Markel.

Mi padre vive allí, dice Katharina. Trabaja en automoción. Se ha comprometido a conseguirle trabajo.

Supongo que eso no te apetece, le dice Markel a Jon.

No le apetece nada, se adelanta a contestar Katharina. Aunque mi padre le puede encontrar

algo a media jornada, que le deje tiempo para escribir, que es básicamente lo que quieres, ¿no?

Jon responde con un gesto poco comprometedor.

¿Estás escribiendo algo?, le pregunta Markel. Al margen de la enciclopedia.

Jon chasquea la lengua.

No, dice. Ahora tengo otras cosas en la cabeza.

Y dirigiéndose a Katharina añade: Y no es momento de discutir esto.

No estamos discutiendo nada. Markel me ha preguntado y yo he respondido. Algunos sabemos ser corteses.

Se produce un breve silencio. Por primera vez desde que llegó, Virginia mira a sus anfitriones con curiosidad.

Yo te entiendo, dice Markel.

Les cuenta que, después de emigrar desde Bilbao, su abuelo hizo fortuna en Chile, primero con viñedos y después con una cadena de gasolineras, que obtuvo en parte gracias a sus buenas relaciones con la dictadura de Pinochet.

Desde que terminé la carrera de Derecho, he trabajado para él y nunca me ha gustado.

Por eso te has tomado unas largas vacaciones, dice Katharina, que ha endurecido el tono. ¿Y luego seguirás trabajando para él?

Markel mira a Virginia, que se mantiene inexpresiva.

Ya veremos, dice mientras se estira en la silla, desperezándose, y vuelve a mostrar su enorme sonrisa.

¿Qué planes tienes?, le pregunta Katharina.

Planes..., dice Markel, como si sopesara la palabra. Sí, tengo muchos planes. De momento, seguir viajando, ¿verdad, Virginia? Iremos a Madrid, iremos a Sevilla... Puede que a Marrakech. Pero antes disfrutaremos de unos días con vosotros. No mucho tiempo. Veo que tenéis cosas que hacer.

¿Cuándo os esperan en Madrid?, pregunta Jon.

No sé. ¿A mediados de semana?

No es una forma de preguntaros cuándo os marcháis, dice Katharina poniéndose en pie y empezando a recoger la mesa.

Claro que no, dice Jon. Te ayudo.

No te molestes. Id a la sala a terminar la botella de vino.

Jon y Markel obedecen, mientras que Virginia ayuda a Katharina.

Cuando se quedan solas, Virginia le pregunta si está embarazada.

¿Por qué lo dices?

Hablando en inglés, Virginia le recuerda que no ha probado ni un sorbo de vino en todo el día, y añade que no tiene pinta de abstemia. Katharina reconoce que no lo es.

¡Vaya! Otra embarazada. ¿Niño o niña?

No lo sabemos. Todavía es pronto.

¿Habéis pensado algún nombre?

No. ¿Tú también estás embarazada?

Virginia resopla y niega con la cabeza. Ha dejado su plato en el fregadero y se ha apoyado en la encimera mientras Katharina sigue recogiendo la mesa. Para que no quepa duda sobre su respuesta, apura la copa de vino de un trago. Mira hacia la puerta. Los hombres hablan en la sala. Bajando la voz, dice que, en realidad, no están de vacaciones. Markel dejó embarazada a quien no debía y su abuelo lo ha mandado fuera del país hasta que la situación se calme. Añade que la embarazada era la nieta de un socio del abuelo.

¿Y él, Markel, la quiere?

Virginia contempla a Katharina con una sonrisa de asombro, divertida por la demostración de sentimentalismo. Menea la cabeza y frunce los labios, como dando vueltas a la idea.

Yo pienso que sí.

¿Ha abortado?

Virginia se encoge de hombros y se echa el pelo hacia atrás. La melena le cae hasta los fogones. Dice que a la familia de la chica no le gusta Markel, y que, además, el abuelo se puso de parte de su socio.

¿Por qué no les gusta Markel?

Virginia le pregunta si a ella sí le gusta.

Apenas lo conozco.

Sería de pronto, Virginia se inclina hacia Katharina para decirle que es mejor que siga sin conocerlo. Después mira los platos apilados en el fregadero y el mantel cubierto de migas, suspira profundamente y sale de la cocina.

Un rato después, reunidos los cuatro en la sala de estar, Katharina propone que al día siguiente den un paseo hasta la ermita de la Virgen de Guía o que hagan una excursión fuera del pueblo. Markel aplaude ambas ideas. Sin embargo, el domingo, él y Virginia duermen hasta la hora de comer y por la tarde llueve. Los visitantes se pasan casi todo el día en la planta baja. No llega ningún ruido desde allí. Aprovechando la tranquilidad, Jon trabaja en los capítulos de la enciclopedia que debe entregar la semana siguiente.

Katharina se pone el impermeable y sale. Se dirige al prado de San Juan. Pese al mal tiempo, no cesan de aumentar las tiendas de campaña. Hay discusiones por el espacio. Los ufólogos improvisan toldos para proteger sus equipos. La casa está justo enfrente, al otro lado de un brazo de la ría. Al abrigo de una amplia tienda, unos chicos sentados en corro miran absortos el camping gas donde cocinan unos tallarines. Al lado, ronronea un pequeño generador eléctrico conectado a un equipo de música. Una guirnalda de bombillas de colores adorna el toldo tendido ante la tienda. De unas bolsas de supermercado asoman botellas de ron, ginebra y vodka. Katharina les sonríe y pregunta si le dejan unos prismáticos.

Claro, dice uno. Y si quieres algo más potente también.

De momento, los prismáticos.

Cuando se los dan, se aparta unos pasos y enfoca hacia la casa. Las persianas del salón siguen cerradas a cal y canto, como han estado todo el día. En la habitación de Markel la luz se encuentra encendida pero no distingue movimiento. Lo ve entrar, supone que procedente del cuarto de baño. Lleva una toalla enrollada a la cintura y tiene el pelo mojado. Rebusca en la maleta. Escoge algo de ropa y se seca el pelo con la toalla. Lo hace mirando hacia los campistas, con expresión concentrada o de desagrado.

¿Has acabado?

Katharina se vuelve. Uno de los chicos aguarda tras ella. Tiene el rostro fino, cejas claras, rasgos aniñados. Lleva una sudadera con capucha. Tiene frío y está cohibido. En la tienda de campaña, los otros lo miran riéndose y dándose codazos.

Todavía no.

Es que necesitamos los prismáticos.

¿Para qué?, pregunta Katharina, volviendo a mirar por ellos. Markel se está poniendo los pantalones. ¿Para buscar marcianos?

Continúa espionando un momento más, sin hacer caso de las risas en la tienda de campaña. No lo ve, pero sabe que el chico aniñado sigue a la espera, más avergonzado cada vez. Le tiende los prismáticos. Él los coge y Katharina camina de regreso a casa.

De nada, ¿eh?

El lunes se produce un incidente. Lorena llega por la mañana y se molesta al encontrarse con visitas. Tendrían que haberla avisado. Que Markel sea de la familia no aplaca su desconfianza. Saluda con sequedad, mirando a Virginia de la cabeza a los pies. La chica viste otro de sus jerséis de cuello cisne, vaqueros ajustados y botas de tacón.

Esos tacones marcan la madera del suelo, le oyen decir a Lorena cuando ya se ha refugiado en la cocina y ha entornado la puerta.

Sigue lloviendo. Durante el desayuno, Katharina se disculpa como si fuera responsable de la meteorología. Siempre optimista, Markel dice que el cielo se está aclarando; tiene que responder unos emails, después pueden salir. Katharina se alegra.

Tú te puedes quedar trabajando, le dice a Jon.

Se retiran a sus habitaciones. Un rato después llega un griterío desde la cocina. Cuando Jon se levanta a ver qué sucede, se topa en el pasillo con Lorena, que va a su encuentro con lágrimas de indignación.

¡Lo tiró! ¡Tiró el arroz que estaba preparando!

Explica que estaba limpiando los cuartos de baño del piso de arriba mientras se cocinaba la comida. Cuando volvió a ver cómo marchaba el arroz, se encontró con que la chica inglesa lo había tirado a la basura.

Mi arroz con verduras. El que me sale tan rico y le gusta tanto a tu madre.

Jon la acompaña a la cocina, donde Virginia espera sentada a la mesa. La cazuela del arroz

está en el fregadero, llena de agua jabonosa.

¡Ella! ¡Lo hizo ella!, insiste Lorena, asomándose por detrás de la espalda de Jon.

Llegan Katharina y Markel, alertados por las voces.

Sin alterarse, Virginia dice que el arroz estaba malo, que Lorena usó algún ingrediente en mal estado. Según ella, la mitad de las cosas que hay en la despensa están caducadas.

Jon y Katharina no pueden rebatir sus palabras. Salvo por los caprichos puntuales que a uno u otro les asaltan de cuando en cuando, se desentienden de las tareas de la compra y de la cocina, que delegan en Lorena. Esta pide dinero a Jon para ir al supermercado y un mozo se ocupa de llevar la compra a casa. La despensa es un espacio donde a Jon y a Katharina no les gusta entrar. Lo consideran terreno privado de Lorena; más un cuarto propio que un lugar donde se almacena comida. A Katharina no le agrada que la mujer pase tanto tiempo allí dentro, con la puerta cerrada, sesteando o escuchando la radio mientras hace punto. Preferiría que concluyera sus tareas lo antes posible y se fuera a casa. Ni siquiera es necesario que vaya todos los días. Al cabo de tantos años trabajando allí, Lorena considera suya, en parte, la casa de los padres de Jon. Se toma de manera personal que Katharina no acabe de sentirse cómoda en ella ni en Ribadesella. Katharina está convencida de que la mujer piensa que ella es una engreída y que Jon podría haber encontrado a alguien mejor. Lorena a menudo masculla críticas contra ella en su presencia, sin percatarse, o quizá sí, de que la alemana entiende cada vez mejor el castellano. Por educación y para no tensar más el ambiente, Katharina prefiere pasarlo por alto. Solo en una ocasión hizo un comentario al respecto a Jon, que le restó toda importancia. Le dijo que si ella supiera cómo era la casa de Lorena, entendería por qué prefiere pasar el día con ellos. Vive en Cuevas del Agua, encima de una cuadra, sin más compañía que un marido alcohólico. Para Jon, Lorena es una parte más de la casa; con el tiempo, ha llegado a no reparar siquiera en su presencia.

¡Mentira!, dice Lorena. El arroz estaba bueno. Y en mi despensa no hay nada viejo. La compra la hice la semana pasada.

Virginia tamborilea con las uñas en la mesa.

Seguro que ha sido una equivocación, dice Jon.

Pero ella asegura que no, que el arroz no se podía comer. Markel interviene para decir que Virginia sabe mucho de cocina. Lorena se lleva una mano a la frente y retuerce el delantal.

Nunca, en todos los años que llevo cuidando de esta casa me habían insultado así. ¡Qué dirá tu señora madre cuando se lo cuente!

Jon intenta calmarla, pero la mujer no quiere dejar pasar la afrenta.

¿Y sabes otra cosa? La inglesa me ha dicho que no baje a limpiar, y en un tono que no me gusta nada, además.

Es para restarle trabajo, interviene otra vez Markel. No queremos ser una carga. Podemos ocuparnos de nuestras habitaciones.

Lorena lo mira como si acabara de abofetearla. Intenta decir algo, pero la indignación hace que se le trabuquen las palabras.

Es cierto que ahora somos bastantes en la casa, dice Katharina. No es justo que Lorena se tenga que ocupar de todos. Podría tomarse unos días de descanso mientras Markel y Virginia están aquí.

¿Y cocinar nosotros?, pregunta Jon.

Se puede encargar Virginia, dice Markel. Es buena cocinera, ¿verdad?

La aludida asiente y muestra las palmas de las manos, dando a entender la obviedad de la propuesta. Por su parte, Lorena está tan asqueada como si planificaran en su presencia los detalles de una orgía.

En ese caso, dice Jon, a lo mejor es buena idea. Lorena, ¿por qué no te tomas un descanso?

Pero cómo, ¿me tengo que ir?

Solo por unos días.

Pero ¿cuándo? ¿Ahora?

Jon abre las manos y mira a su alrededor como si no viera motivos para que se quede más tiempo.

Si quieres, te llevo a casa en coche.

Ella lo señala con el dedo y le dice: Tú nunca te has ofrecido a llevarme a casa en coche.

A continuación, entra en la despensa y cierra dando un portazo. Virginia dice que el arroz era incomible, hace el gesto de introducirse un dedo en la garganta y simula tener arcadas. Katharina se tapa la boca para acallar una carcajada.

Será mejor que la dejemos recoger sus cosas en paz, dice Jon.

En la parte trasera de la casa hay un antiguo gallinero que ahora se emplea como cuarto de herramientas. Cuando Lorena ya se ha ido, Katharina traslada allí el sillón de la despensa. Virginia la ayuda. Entre las dos, limpian la despensa. No comprueban las fechas de caducidad de la comida, se limitan a tirar cuanto no les gusta. Llenan varias bolsas de basura. Virginia encuentra unas zapatillas y una bata de Lorena. Se las muestra a Katharina, que se encoge de hombros, y Virginia las desecha. Después, ellas dos y Markel van en coche al supermercado. Jon se queda trabajando. Cuando vuelven, está concentrado y no se levanta. Los oye reír y trajinar. Más tarde, Katharina lo llama a comer y Jon se encuentra con la mesa de la cocina cubierta de fuentes humeantes. Empanadas, sopa de trilla, cazuela de pollo y pescado frito. El fregadero desborda cacerolas y sartenes, y los fogones y la encimera están cubiertos de salpicaduras de aceite y de salsa. Las ventanas están abiertas para que se aclare la humareda. Katharina lo mira arrebolada, un poco jadeante.

Casi todo lo ha hecho Virginia. Nosotros solo hemos ayudado.

Cuando empieza a comer, Jon no puede menos que reconocer que todo está excelente. Markel descorcha una de las botellas de vino que han comprado. La despensa vuelve a estar surtida.

Es nuestra forma de agradecer la hospitalidad, dice. Y mientras estemos aquí, Virginia también se encargará de limpiar y de ordenar la casa. No solo nuestras habitaciones.

Jon y Katharina tratan de negarse, pero Markel los acalla con un gesto regio.

No hay nada que discutir. Forma parte de las obligaciones de Virginia cuando está conmigo.
Ella se limita a asentir, cabizbaja.
Y nos iremos pronto, añade Markel.
¿Por qué?, quiere saber Katharina.
Nos esperan en Madrid.
Qué tontería. Llama a quien sea que os espera. Dile que os quedáis unos días más.
Markel mira a Jon, sin saber qué responder, pero sin dejar de sonreír. Jon, a su vez, mira a Katharina.
¿Por qué no?, dice. Todavía no hemos hecho ninguna excursión.

* * *

Al día siguiente los despiertan unos bocinazos. Jon se asoma a la terraza de arriba. Frente a la entrada espera una furgoneta de una empresa de envíos. Se pone una bata y unos zapatos y baja la cuesta adoquinada. El repartidor consulta un albarán y lee el nombre de su primo.
¿Vive aquí?
Solo está de visita, dice Jon a través de la puerta.
A mí eso me da igual. ¿Recoge usted el envío?
Jon dice que sí y pregunta qué es.
¿Puede abrir la puerta? Hay unos cuantos bultos.
El repartidor descarga dos juegos de tres maletas; el primero, de robusto policarbonato; el segundo, modelos vintage de piel, con adornos brillantes de latón y cerrados con correas. A continuación, un maletín de maquillaje, un bolso de mano y un portatrajes.
Es todo, dice el repartidor, falto de aliento.
Y uno a uno, Jon pone los bultos a resguardo en la cueva.
Cuando entra en casa, se encuentra con Markel en la cocina. La cafetera borbotea.
Ha llegado nuestro equipaje, dice satisfecho. A veces saltamos tan rápido de un sitio a otro que no consigue alcanzarnos.
Para subir las maletas usan el coche de Jon.

* * *

Se establece una rutina. Virginia madruga. Dedicar unas horas a las tareas de la casa y después sale a correr por el paseo de la playa o va al gimnasio del pueblo; a menudo, ambas cosas el mismo día. Sus estiramientos, en la boca de la cueva, parecen posados de moda. Todos con los que se cruza se detienen a mirarla. Leggings con transparencias, conjuntos que dejan el ombligo al aire, shorts y medias rosas. Y siempre las gafas de sol y los auriculares con la música altísima.

Jon se encierra en el comedor y redacta capítulos para la enciclopedia durante toda la mañana y parte de la tarde. A menudo, Markel duerme hasta después del mediodía. Le gusta ir caminando al pueblo, frecuentar los locales del puerto y charlar con los parroquianos, a los que invita a vino y sidra para que le hablen de la historia de Ribadesella, la industria de salazones y los veleros que entraban al puerto remolcados por bueyes. Katharina lo acompaña. Por fin tiene a alguien con quien perder el tiempo en los bares. Pide té, pero toma sorbos del vino de Markel. A veces son los únicos clientes del local. A veces los dueños se pierden en el almacén. A veces, durante minutos, nadie pasa por la calle. Solo graznidos de gaviotas. Cajas de sidra y de cerveza apiladas hasta el techo, como en previsión de un asedio. Huele a lejía, y al serrín esparcido por el suelo. Ella lo azuza a hablar de sí mismo. Las historias de Markel son inconcretas. Rara vez queda claro cuándo y dónde sucedieron, o, en caso afirmativo, qué hacía él en aquellos sitios, poblados por gente solo con nombre de pila, nombres que resurgen en ocasiones pero que no parecen corresponder a las mismas personas.

Pasean por el puerto. Admiran las pilas de nasas langosteras como si fueran obras de arte expuestas en un museo. Un cangrejo surge de debajo. Lo ayudan a volver al agua. Cuando el cangrejo se desvía, ellos se interponen, colocan los pies como barrera, abiertos, los talones juntos, igual que Charlot. Markel incluso da el alto a un Land Rover que va de camino a la lonja del pescado. El conductor obedece. No sabe qué está pasando. Cuando se da cuenta, meneas la cabeza y acelera con fuerza, pero el cangrejo ya está a salvo. Llega al borde del puerto y se deja caer al agua. El pueblo se les queda pequeño. Caminan por las calles traseras, bajo sábanas tendidas, despacio, como quien apura el fondo de un barril y dilata la última escudilla de vino. En la capilla de Santa Ana meten la cara entre los barrotes de la verja. Cristo está en la cruz, pero tiene los brazos caídos. El clavo que le atraviesa los empeines lo sostiene en equilibrio. Allí huele a musgo y a hortensias. Hacen la compra. Un día paga Markel; al siguiente, Katharina. Cuando no le corresponde pagar a Markel, insiste en que luego vayan a comprar flores.

Por la tarde, cuando Jon da su jornada por concluida, salen los cuatro juntos. Beben en la sidrería sobre los acantilados de Tereñes. Se descalzan, se remangan los pantalones y deambulan como sonámbulos por la playa de Barro en marea baja. Entre las rocas, se asoman a oquedades que huelen a yodo, espantan pulgas de agua. Las piedras son irregulares, afiladas. Tienen los dedos insensibles por el frío. Se los miran y están sangrando, ni siquiera se habían dado cuenta. Se lavan en los charcos. Chupándose las heridas, preguntan dónde pueden tomar algo por ahí cerca.

Virginia ha rebajado la frialdad de los primeros días. El distanciamiento que muestra cuando están todos juntos es justificable por su condición de empleada. A Markel todo le despierta preguntas e inspira comentarios: las icnitas de dinosaurio, invisibles salvo que alguien te las señale, un solomillo de ciervo a la plancha...

Las visitas pasan mucho tiempo en la planta baja; él en su habitación y ella en el salón, donde las persianas están siempre bajadas. Se limitan a descansar, piensan Katharina y Jon; no se les

ocurre qué más pueden hacer.

Tardan días en advertir que Markel y Virginia nunca salen de casa a la vez, a menos que ellos dos salgan también. No le conceden importancia. Por las noches ven películas. Prefieren lo clásico o, en su defecto, lo viejo. Hacen palomitas de maíz y toman sorbos de whisky. Ven las películas repantigados en la sala de estar, con los pies apoyados en la mesa de centro. Si alguno empieza a roncar, los demás lo miran y sonríen.

Virginia interviene poco en las conversaciones, pero sus comentarios compensan las horas pasadas en silencio. Habla sin dirigirse a nadie en concreto.

Me gustan las películas de ciencia ficción donde hay moqueta en las casas. Hasta en las naves espaciales. Como si fuera lo más moderno posible.

Sus apostillas dejan en evidencia lo autocomplaciente, bienintencionado y previsible de la cháchara de Markel.

Una noche Virginia toma el whisky sin rebajarlo con agua. Le cuesta sostener la cabeza. Entonces Markel la mira con una sonrisa de superioridad y le pregunta si está cómoda con ellos. Virginia apoya la nuca en el respaldo del sillón. Mirando al techo, les cuenta que la intimidad siempre ha sido difícil para ella. La primera vez que vivió fuera de la casa de sus padres, en el apartamento de un novio, durante los primeros tres meses, si quería cagar, bajaba al *pub* que había enfrente.

Se pone en pie, tambaleándose un poco. Se acomoda un tirante del sujetador. Uno a uno, mira a los presentes, que la contemplan fascinados. Les pide disculpas y baja al salón.

Jon trabaja en el capítulo de la enciclopedia dedicado a la glaciología. Bosqueja un esquema en un papel. El bolígrafo se queda sin tinta. Rebusca entre sus papeles sin encontrar nada con lo que escribir. En el despacho de su padre puede haber algo.

Baja las escaleras tratando de no hacer ruido. La puerta del salón está cerrada. Markel sale a su encuentro.

¿Necesitas algo?

Un bolígrafo, dice, y señala el despacho.

Entran juntos. Huele a papel viejo, cera para madera y cinta de máquina de escribir. Jon se sienta tras el escritorio y abre y cierra cajones. Tiene que tirar con fuerza. La humedad los ha hinchado y algunos están atascados. El polvo les hace estornudar.

Una estantería con las baldas combadas está atestada de manuales técnicos y archivadores. Sobre la mesa, a modo de pisapapeles, encima de unas facturas amarillentas de luz y de agua, muestras pulidas de carbonato cálcico. Proceden de la cantera que el padre de Jon dirigió hasta el momento de jubilarse. Estaba en los Picos de Europa. Fue el abuelo materno quien comenzó la explotación, el hermano del abuelo de Markel. En la pared cuelga una fotografía del abuelo de Jon tomada en la cantera: un hombre con ceño pronunciado, boina vasca y mono de trabajo, apoyado en un mazo de hierro y rodeado de piedras blancas. El sol cae a plomo. La boina y el

ceño dejan los ojos en sombra. Parece un preso condenado a trabajos forzados. Markel se sienta en la silla al otro lado del escritorio. Levanta otra nube de polvo. Agita la mano delante de la nariz. Jon prueba bolígrafos en el dorso de una factura.

Nuestros abuelos construyeron juntos esta casa, comenta Markel.

Creía que fue solo mi abuelo, dice Jon.

No, los dos. Compraron el terreno y empezaron las obras. La diseñaron de forma que hubiera una planta para cada uno. Dos cocinas, dos entradas independientes... También iban a explotar juntos la cantera. Pero antes de terminar la casa, mi abuelo emigró a Chile. Vendió al tuyo su parte del negocio y de esta propiedad.

No sabía nada. ¿Por qué se fue?

Markel le dice que su abuelo no vio claro vivir allí.

No le gusta hablar de ello. Puede que discutieran. De todos modos, en Chile le fue mucho mejor de lo que le habría ido picando piedra.

El abuelo no picó mucha piedra. Murió poco después de que se hiciera esa foto. Fue mi padre, en realidad, el que puso el negocio en marcha.

Ya ha encontrado un bolígrafo, pero sigue abriendo cajones, por curiosar. Se topa con una vieja regla de cálculo a la que le falta la corredera y con un estuche de compases de dibujo técnico del que han desaparecido la mitad de las piezas. Eran objetos preciados para su padre, recuerdos de sus tiempos de estudiante. Jon jugaba con ellos cuando era niño, pese a la prohibición de entrar en el despacho si no había nadie. Los arruinó. No recuerda que su padre le riñera. Quizá el cansancio y las preocupaciones de tener que levantar el negocio heredado de su suegro no le dejaban energías para enfadarse, lo que para Jon hace más deplorable la pérdida y le provoca vergüenza con décadas de retraso.

Deja encima de la mesa un par de balas de rifle y una pieza de metal gris oscuro, con motas de cardenillo. Es larga y puntiaguda. Tiene marcas de haber sido cincelada. La encontraron al construir la cuesta por la que se accede a la casa. Dice que siempre han creído que es una punta de lanza primitiva.

Markel pregunta si puede verla. Pasa la yema del pulgar por el filo mellado.

¿No tendría que estar bien guardada?, pregunta devolviéndola.

Está bien guardada, dice Jon, y vuelve a dejarla en un cajón.

Explica que las balas eran de su padre. Tenía licencia de guarda jurado. Cuando transportaban la Goma-2 y la nagolita para las voladuras en la cantera, él mismo ejercía de escolta. Jon recuerda ver llegar a su padre a casa entrada la noche, cuando él ya se estaba yendo a la cama. Su padre olía a grasa de motor y a sudor. Los días en los que había voladura, su madre estaba nerviosa. Él la llamaba por teléfono cuando todo había terminado, para tranquilizarla. Esos días su padre volvía a casa con el rifle o con un revólver Smith & Wesson al cinto.

¿Conservas las armas?

No. El rifle se lo regaló a un amigo cazador. El revólver lo llevó a la Guardia Civil para que lo

inutilizaran. Le fresaron el cañón. Supongo que andará por ahí, en algún armario.

No te interesas mucho por la familia.

¿Por qué lo dices?

Hay bastantes cosas que no sabes.

Me intereso.

Cuéntame más.

Sobre quién.

La familia. Tu padre.

Jon se reclina en el sillón. Por la ventana, detrás de Markel, ve la ría. La marea está alta y hace sol, un sol que destella en el brazo que discurre ante la casa; más allá, el prado de San Juan con las tiendas de los ufólogos, y luego otra vez la ría resplandeciente. Ve a uno de los ufólogos salir de entre las tiendas, acercarse a la orilla y orinar en el agua. La franja de juncos que bordea el prado está sembrada de desperdicios. El Ayuntamiento ha provisto a los acampados de retretes químicos y contenedores de basura, pero la ría está más a mano.

Dice que nunca ha visto a su padre escuchar música de manera intencionada, ni le ha oído decir nunca que haya algún cantante o grupo o compositor o canción de su gusto. En el coche, no pone la radio. Ni siquiera le ha oído nunca hablar de música, como si para él fuera algo que no existiera.

Qué tontería. ¿Por qué me viene esto a la memoria?

A Markel no le parece un mal recuerdo. Candoroso, más bien. Como si el padre de Jon fuera un buen salvaje en un mundo sin otra música que el canto de los pájaros y donde las necesidades básicas —el techo, el alimento, el cuidado de los suyos...— no dejaran tiempo a las ligerezas. Markel conserva escasos recuerdos de su padre; pasaba poco tiempo en casa y murió cuando él era un niño.

«¡No te mires tanto en el espejo!», me dijo una vez. Estábamos en el salón de nuestra casa, me estaba contando algo, no me acuerdo qué, y yo, en lugar de mirarlo a él, me contemplaba en el espejo. Me sobresaltó. De pronto estaba muy enfadado. Avergonzado de mí.

* * *

Jon pasa frente a la habitación de sus padres y ve la puerta abierta. Markel está dentro, mirando las fotos enmarcadas, expuestas en el tocador, de Jon cuando era niño, de los padres y de los abuelos.

¿Qué haces?

Perdón. Vi las fotos y tuve curiosidad.

Esta habitación suele estar cerrada.

Supongo que Virginia estuvo quitando el polvo y dejó la puerta abierta.

En las mesillas de noche hay libros a medio leer, pañuelos de papel, cajas de medicamentos,

cargadores de móviles, como si los padres de Jon hubieran dormido allí esa misma noche. Todo aguarda su vuelta. Cada vez que regresan a Ribadesella, retoman la vida en el lugar sin necesidad de preparativos.

Esa noche, después de la cena, sentados aún a la mesa, Jon le dice a Markel que puede enseñarle unas fotos antiguas. Están guardadas en el aparador del salón. Virginia se ofrece a bajar a buscarlas. Vuelve con dos álbumes encuadernados en piel y una caja de zapatos repleta de fotos desordenadas. Despejan la mesa y miran las fotos, pasándoselas de uno a otro. Cuando lo sabe, Jon explica quiénes son los que aparecen y en qué momento se hizo la fotografía. La madre de Jon, muy joven, con un vestido de flores y un gatito en cada mano; al fondo, la casa, recién construida, la ladera descarnada aún, sin los árboles ni la frondosidad que ahora la pueblan. La abuela materna de Jon, en pie sobre una roca al borde del mar, quizá en Ribadesella. Lleva un vestido largo, gris, de manga corta, y un sombrero de paja. Sostiene un bastón con un gancho al extremo, del que cuelga un pulpo recién pescado. De nuevo la madre de Jon, unos años después, con el pelo más corto, en la cueva, junto a un remolque sobre el que está montada la lancha de pesca de su padre. Lleva un delantal y sujeta un bote de pintura y una brocha. Las fotos se amontonan en el centro de la mesa como naipes descartados.

¿Este eres tú?, le pregunta entonces Katharina a Jon, que asiente. ¿Y quién es el que está contigo?

En la foto, Jon debe tener diez años. Está muy moreno. El pelo revuelto, apelmazado. Bañador y camiseta. Descalzo. Los pies sucios hasta los tobillos, las rodillas arañadas. En pie, dándole la espalda a una pared blanca. El suelo es de cemento. A su lado, otro niño, rubio, también en bañador, con una camisa desabotonada. También firme contra la pared. También sucio y arañado.

No lo sé.

Soy yo, dice Markel.

Todos miran la foto.

En primer término, a un lado, hay un perro del que solo se ve la mitad trasera, y desenfocada. Seguramente un pastor alemán. Pasó ante la cámara en el instante en el que se hacía la foto. Los niños lo miran con expresión idéntica: la boca abierta en una «O» de sorpresa y los ojos sonrientes. El perro los ha convertido en gemelos.

Creía que nunca os habíais visto, dice Katharina.

Eso pensaba yo, responde Jon.

También yo, coincide Markel.

¿Dónde es?, pregunta Katharina mirando la foto de cerca.

No lo sé, responden a la vez.

Revisan la caja y los álbumes, pero el Markel niño no vuelve a aparecer.

A Jon se le agolpan imágenes. Recuerda lanzarse al agua desde las rocas que abrazan la playa de Guadamía, donde desemboca el río de mismo nombre. Alguien salta tras él. La marea está

alta. El río convertido en brazo de mar por espacio de unas horas. Lo remontan a nado. Ramas de castaños proyectadas sobre el agua. Playas de un metro cuadrado y, en una de ellas, un ternero que aguarda el descenso de la marea. Una franja de carrizos marca el límite del agua salada. Orillas de derrubios calizos. Zarzas colgando como lianas. Salen del río para volver a pie a la playa. Toman un camino de carros. El camino se desvía y se pierden. El suelo está embarrado, una mezcla de barro y estiércol. Se hunden hasta los tobillos. Avanzan agarrándose a las ramas bajas. Llegan a la vía del tren. La siguen. Al doblar una curva se topan con un tejón muerto. El tren le ha aplastado la cabeza. Jon recuerda el olor. Lo notan antes de llegar a la curva. Hace mucho calor. El tejón se ha hinchado; los testículos como ciruelas. Jon está con alguien que tiene el rostro borroso. ¿Algún amigo? No parece su primo. Sin embargo, la foto ha evocado aquel día en concreto y con todo detalle. Los mosquitos en el camino, las moscardas alrededor del cadáver. ¿Acaso Markel, al igual que se ha apropiado de la planta baja, está tomando posesión de sus recuerdos, desplazando la imagen de otras personas? Se esfuerza en hacer memoria. El rostro que, a su lado, contempla los restos del tejón es una máscara confusa hecha de rasgos superpuestos: dos bocas, dos narices, tres ojos... ¿La próxima vez que reviva aquel día verá claramente la cara de su primo?

Una mañana Markel se levanta mucho antes de lo que acostumbra. Va al pueblo caminando y regresa en taxi. Llega cargado con un televisor de cincuenta y cinco pulgadas. Apenas puede subir la caja por la cuesta. Explica que es para Virginia.

Se aburre un poco en el salón.

Jon le recuerda que hay un televisor en la sala de estar.

Le gusta la intimidad. No importa. Luego os lo podéis quedar.

«Hace sol. Termina ya»

Jon sigue tecleando. Sabe que Katharina está al otro lado de la puerta del comedor. Ha oído crujir la madera del pasillo.

«Nos vamos sin ti!!!»

Hoy terminará su jornada antes de lo habitual. Lo ha decidido antes de que empiecen a llegar los mensajes de Katharina, pero la obliga a insistir para que no crea que es fácil de doblegar.

«Adónde vas a ir sin mí?»

Suben los cuatro al coche, Jon al volante. Van a la playa de Guadamía. El camino es estrecho. Terraplenes a los lados. Aparcan en una cuneta; el coche tan inclinado que parece a punto de volcar. Más que apearse, se caen. La hierba está tan crecida que las puertas la barren al abrirse. Al cerrarlas, muerden la hierba, como si el vehículo pastara.

Jon observa a Markel. No le ha hablado de los recuerdos que le ha traído la foto. Espera que diga algo, pero los visitantes se limitan a contemplar admirados la playa y a hacer fotos. Su

primo no da muestras de conocer el sitio.

A él, sin embargo, le marean las imágenes y los olores, ahora más intensos, pero no por ello más definidos. Vuelve a estar en la vía del tren mirando el tejón decapitado. Siente entre los dedos de los pies el barro y los excrementos de vaca, que empiezan ya a secarse, atrayendo a las moscas. Pero no mira el animal muerto. Mira al niño que mira al animal muerto. Y ese niño es él. Se ve a sí mismo a través de los ojos de quien lo acompañó aquel día.

Se reprocha rendirse a lo absurdo.

¿Y si Markel y sus padres les hicieron una visita? Al fin y al cabo, los padres de Jon afirman haberlo conocido. ¿Y acaso se acuerda Jon de todos los primos que pasaron por la casa cuando él era niño? Tanto su madre como su padre provienen de familias numerosas, pero cuando se trasladaron a Asturias el contacto disminuyó. Jon tuvo un trato esporádico y siempre breve con sus parientes. Para él no formaban parte de la familia. Solo eran visitas que acudían a ver a sus padres, a bañarse en la playa y a comer merluza a la sidra. En ocasiones le despertaban curiosidad; otras, la mayoría, le aburrían o suponían una molestia. Mientras los adultos bebían y comían, él tenía que actuar de guía para aquellos niños y adolescentes que invadían sus dominios, revolvían sus juguetes y libros, y se burlaban de sus aficiones de niño de pueblo con pocos amigos. ¿Y si Markel también pasó por allí, y luego fue olvidado, como tantos otros? Y él también olvidó su visita. Eso lo explicaría todo.

Se tumban en la hierba. Ven cómo la marea llena la playa. Katharina se quita las medias y se sube la falda para broncearse las piernas. Virginia ensancha las fosas nasales.

¿Os imagináis cómo habría sido si hubierais venido en verano?, pregunta Katharina.

Interpretando una parodia de enfado, aprieta los puños, se tira del pelo y le da a Jon un cachete en el brazo.

¿Por qué nunca me habías traído aquí? Tienen que venir visitas para que me saques de casa.

Se vuelve hacia Virginia y Markel y añade: No os vayáis nunca.

* * *

Katharina baja al sótano a por cerveza sin alcohol. Se puede acceder por dos puertas. Una está en la cochera. La otra —más pequeña, hay que agachar la cabeza para cruzarla—, dentro de la casa, bajo las escaleras que comunican las dos plantas. Frente a ella, el pasillo donde están la habitación de Markel y el cuarto de baño que usan este y Virginia. Katharina rodea la casa para entrar por la puerta de la cochera. En el sótano almacenan la comida que no cabe en la despensa. Mientras está allí abajo, oye levantarse la persiana en la habitación de Markel y sus quejas. Luego oye a Virginia. Vuelve a posar las cervezas. En una estantería hay útiles de pesca. Dentro de un frasco de cristal, unas poteras con las puntas oxidadas. Las saca teniendo cuidado de no hacer ruido. La segunda puerta está al fondo, en lo alto de una escalerilla empinada. Sube. Apoya en la puerta la boca del frasco y pega una oreja al fondo. Las voces, de pronto, suenan claras y

cercanas. Es por la mañana; Markel no se ha levantado aún; Virginia ha entrado a limpiar la habitación; hace días que no puede hacerlo porque él siempre está durmiendo; quiere acabar para irse al gimnasio.

Está bien. Ya me levanto.

...

¿Virginia? Mira.

...

¿Ves cómo estoy?

...

La culpa la tienes tú. Por despertarme así.

Tápate.

¿No querías que me levantara? Deja la escoba. Mírame, por favor. ¿No te apetece?

No.

¿Te apetece alguna vez?

Hijo de puta.

Vamos...

Que no.

Lo pasas bien conmigo.

...

¿Verdad?

No me toques. Apártate.

Entonces tócame tú.

No.

Por favor.

No vuelvas a mendigar.

Mira cómo estoy.

No quiero ver nada.

Por favor.

Que te calles.

Te doy cincuenta euros.

...

Cien. Tómalos.

...

Vamos. Ciento... treinta. Ahora mismo no tengo más.

...

Será rápido.

No.

Bien, pues no hagas nada. Quítate el jersey. Ciento treinta euros por enseñarme las tetas. Me

encantan tus tetitas de niña.

A Katharina se le acelera el corazón al oír acercarse unos pasos enérgicos. Virginia pasa ante la puerta. Sube las escaleras. Katharina no se mueve. Sigue escuchando. Aprieta tanto la oreja contra el frasco que le duele, pero ya no oye nada más. Baja la escalerilla. Un escalón, una pausa, un escalón, una pausa.

Jon relee lo escrito. Su ordenador, los diccionarios y la documentación ocupan media mesa del comedor. Entra Virginia, vestida con unas mallas negras y una camiseta. Se le han escapado varios mechones del moño. No dice nada, ni siquiera lo mira. Empieza a quitar el polvo usando un plumero. Jon se pregunta de dónde lo ha sacado. En la casa nunca ha habido un plumero. ¿Llegó con su equipaje? Virginia trabaja con desgana. No ordena, cambia las cosas de sitio. Se inclina delante de Jon para desempolvar las patas torneadas de una silla. Se acomoda un mechón que le vuelve a caer frente a los ojos. Ignora a Jon. Se coloca detrás de él, estira el brazo y pasa el plumero sobre los libros y papeles de la mesa. Se mueve con languidez. Esquiva los muebles sin mirarlos, como si estuviera en su casa. Se detiene frente a la ventana. Mirando su reflejo en el cristal, se peina el flequillo con los dedos. Puede que a través del reflejo mire a Jon. Tira de las mallas para sacárselas de entre las nalgas. Dando un toque aquí y allí con el plumero, sale del comedor.

Esa noche, Jon y Katharina follan por primera vez en semanas.

Más tarde, de madrugada, Katharina zarandea el hombro de Jon.

¿Qué pasa?

Estoy sangrando.

¿Cómo?

Él necesita unos segundos para comprender a qué se refiere. Luego pregunta: ¿Mucho?

Ella dice que no. Le enseña las bragas que se ha quitado. Ya se ha puesto otras, con un salvaslip. Sin decir nada, se visten. Jon coge las llaves del coche. Cuando van a salir de casa, Katharina pregunta: ¿No les avisamos?

La planta baja está a oscuras y silenciosa. Jon dice que les dejarán una nota. El frío nocturno les hace estremecerse. Bajan la cuesta con pasos cortos, tomados de la mano.

¿Te duele?

No siento nada.

PARTE II

D espunta el amanecer cuando salen del hospital de Oviedo. El sangrado se ha detenido. Katharina continúa sin notar molestias. El médico ha dicho que, después de síntomas como este, el embarazo prosigue de manera normal en la mitad de los casos. Le ha recomendado reposo. Hacen el viaje de regreso en silencio, hasta que él pregunta: ¿Vas a llamar a tus padres?

Ella piensa antes de responder.

Solo conseguiría que se inquietaran más todavía. ¿Llamarás tú a los tuyos?

Él dice que no, por la misma razón.

Luego, al entrar en el pueblo, ella pregunta: ¿Estás preocupado?

Él se esfuerza por sonreír y le acaricia la rodilla.

Lo normal.

¿Y por haberlos dejado solos en casa?

Él dice que no ha pensado en ello.

En lugar de dejar el coche en la cueva, como tienen por costumbre, Jon lo sube a la cochera, para que Katharina no haga la cuesta a pie. Arriba, frena en seco. Katharina se ve impulsada hacia delante, estira los brazos para protegerse del golpe contra el salpicadero, pero el cinturón de seguridad la retiene. La aparición del vehículo ha sobresaltado a los dos pastores alemanes que hay en la cochera. Markel y Virginia están con ellos, en pijama, abrigados con cazadoras. Jon ha estado a punto de atropellarlos. Markel y Virginia han servido agua a los animales en una ensaladera de cristal tallado que perteneció a la abuela de Jon, y, en unos platos, sobras de la víspera. Virginia se encuentra de rodillas. Los perros le estaban lamiendo la cara. Mira con enojo a Jon y a Katharina por haberlos interrumpido. Le brillan las mejillas, cubiertas de babas.

Jon se apea.

¿Cómo está Katharina?, pregunta Markel.

Bien. ¿Y estos perros?

Edgar y Edmund. Los habíamos dejado en Niza. Son muy buenos. No darán problemas.

Los animales se acercan a Jon, le olfatean los pies y le lamen las manos.

¿Son ladrones?

No. Ya te digo que no dan problemas.

Katharina no ha salido del coche. Continúa en la misma postura, apoyada en el salpicadero, asqueada.

¿Necesita ayuda?, pregunta Markel.

No le gustan los perros.

* * *

Jon no quiere separarse de Katharina. Deja las llaves del coche a Markel para que vaya a unos grandes almacenes de construcción y bricolaje a las afueras de Oviedo. Regresa con una caseta lo bastante amplia para los dos animales, de madera de pino y techo asfáltico. También con dos portillas para colocar al comienzo y en lo alto de las escaleras que comunican las dos plantas, como las que se emplean por seguridad cuando hay bebés en casa.

Jon ayuda a Markel a instalarlas. En una ocasión en la que va a la cocina a por una cerveza, se encuentra con Katharina.

Le he dicho que los perros se pueden quedar, pero con la condición de que no entren nunca en casa. Las portillas son solo por si acaso. Y tienen que estar siempre cerradas.

Katharina toma un té. Está ojerosa.

Se están atrincherando abajo.

¿Les digo que se vayan?

Ella bebe un sorbo, mira por la ventana. Fuera, un semillero tomado por la maleza, afloramientos calcáreos. En el césped bajo un limonero, una cazuela de barro llena de agua: una bañera para los pájaros. El padre de Jon la colocó para animar la vista desde la ventana. Por costumbre, Jon repone el agua cada mañana. Tres gorriones posados en el borde emprenden el vuelo, espantados por un tordo que aterriza en el centro de la cazuela y adopta una pose retadora, con las alas desplegadas y el pico abierto.

Espera un poco.

Jon y Markel montan la caseta. La colocan al fondo de la cochera, junto al cuarto de la caldera. Jon cuenta que, cuando él era niño, la caseta para el perro también estaba allí. Una caseta de obra construida al mismo tiempo que la casa.

Teníais perro.

Muchos perros. Nunca más de uno cada vez, pero siempre había uno en casa, y siempre eran pastores alemanes.

Markel escucha embelesado. Jon dice que cada vez que un perro moría, a los pocos días su padre regresaba de la cantera con otro. No sabe de dónde los sacaba. Tuvieron uno que era en parte lobo y, además, epiléptico.

Aquél sí que dio problemas.

Edgar y Edmund dan vueltas alrededor de ellos. Markel les ha comprado comederos, bebederos y juguetes de caucho irrompible, aunque los perros prefieren olisquear las herramientas, agarrarlas por el mango y llevárselas. Cada vez que Jon necesita el martillo, no está donde lo ha dejado. Los animales tienen la cadera más baja y el cuerpo más inclinado que los pastores alemanes a los que él está acostumbrado. Markel explica orgulloso que son pastores alemanes occidentales, ejemplares de trabajo, la variedad más cercana a los perros originales producidos por Max von Stephanitz.

¿Qué pasó con la caseta?

La demolieron. Creo que cuando se asfaltó la cochera. Todavía me acuerdo de cómo olía allí dentro. Entraba a jugar. Me reñían porque el olor se pegaba a la ropa, pero a mí no me importaba.

Uno de los pastores se le acerca y él le acaricia el cuello. El animal se tumba de espaldas y le ofrece la barriga para que se la acaricie también. El otro perro corre a solicitar el mismo trato.

¿Qué fue del perro lobo?

Jon hace memoria.

No lo sé. El recuerdo de todos se confunde. Siempre era el mismo perro.

Por la tarde, Katharina dice que necesita salir de casa. Le falta aire. Jon le recuerda que el médico le ha recomendado reposo. Cada vez que ella va al baño, él le pregunta si vuelve a manchar.

¿Y qué voy a hacer? ¿Pasarme la puta vida sin salir de casa?

Jon propone un paseo por la playa. Markel se ofrece a acompañarlos.

No quiero que vengan los perros, dice Katharina sin mirarlo.

Por supuesto. Se quedan con Virginia.

Mientras bajan la cuesta, Jon le pregunta a Markel de quién son Edgar y Edmund.

Edgar es mío. Edmund, de Virginia. Pero los dos la quieren más a ella. La adoran. Y Virginia a ellos.

Katharina está pálida. Jon le pregunta si tiene frío.

No. Vamos, dice ella.

Caminan por el borde de la carretera. Al doblar la primera curva, una pareja de ufólogos les sale al paso. Son los mismos con quienes Jon y Markel hablaron en el prado de San Juan, los ancianos con gorras de «vigilantes».

Buenas tardes, dicen sonrientes. Les esperábamos.

¿Para qué?, responde Jon.

¿Nos recuerda? Acordamos que les haríamos una entrevista.

No acordamos nada, dice Jon.

Será un momento, insiste el hombre. Unas preguntas, nada más, concretas y serias. La nuestra es una labor rigurosamente científica. No nos dejamos llevar por suposiciones ni prejuicios.

No como hacen otros, apostilla la mujer.

Perdonen, pero no es buen momento, dice Jon.

¿Adónde van?, pregunta la mujer. Podemos acompañarlos y hablar por el camino.

Disculpen, dice Jon, y tomando a Katharina por el brazo echa a caminar.

Lo lamento si les hemos molestado, dice el hombre. ¿Prefieren que hablemos en otro momento? Pueden fiarse de nosotros.

Dejen tranquila a esta gente, interviene Markel.

La mujer responde alzando la voz: Han tenido ustedes el honor y la gracia de ver a los

hermanos celestiales. ¿Por qué no quieren divulgar el mensaje?

Pero ¿cuál es su problema?, responde Markel. ¿No ven que no quieren hablar con ustedes? Déjenlos ya en paz.

Markel hace una seña a Jon y a Katharina para que continúen caminando. Él los sigue a unos pasos de distancia, mirando hacia atrás para asegurarse de que los Vigilantes no van tras ellos.

¡Escoltarán a Jesucristo en Su retorno a la Tierra!, oyen gritar a la mujer.

Al cabo de unos cientos de metros, Markel alcanza a Katharina y a Jon.

Con los perros en casa, no tenemos de qué preocuparnos. Son buenos guardianes. Espantarán a los mirones.

La pareja no responde.

Se cruzan con más ufólogos, pero estos no les prestan atención. Algunos empujan carritos de supermercado, que les han prestado en los comercios del pueblo para llevar las compras al prado de San Juan. Los primeros días, los vecinos de Ribadesella veían a los campistas con recelo y cierta sorna. Ahora los han aceptado. Los ufólogos recorren a diario el pueblo hablando con los riosellanos y buscando rastros dejados por los objetos volantes, o bien de cualquier cosa que se pueda interpretar como consecuencia de su aparición: migraciones repentinas de aves o presencia de peces muertos en la playa. Por el momento no han descubierto nada. No se han producido nuevos eventos en los cielos. Cada vez que la estela de condensación de un reactor sobrevuela el pueblo, los ufólogos alzan ansiosos las cámaras de fotos. Mientras aguardan que algo suceda, beben en los bares y compran en las tiendas; suponen para el pueblo una fuente de ingresos y de animación en la época, tradicionalmente mustia, previa a las vacaciones de Semana Santa.

A su regreso, Katharina, Jon y Markel encuentran un papel encajado en el hueco entre las dos hojas de la puerta de la propiedad. Es una página arrancada de un cuaderno, con algo escrito: «“A los tibios los vomitaré de mi boca”, dijo el Señor».

En los siguientes días aparecen nuevas notas: «No participen en la metodología del ocultamiento», «Los Señores de las Estrellas, provistos de motores de aniquilación de materia, tendrán puntual noticia de ustedes y de su obcecación».

¿Los perros están atados?, pregunta Katharina.

¿Por qué?, dice Virginia.

Salgo. Voy a hacer la compra.

Virginia le dice que no le harán nada. Aun así, ella insiste.

Es mi casa. Los quiero atados.

Virginia deja de empanar filetes y va en busca de los perros, no sin antes recordar a Katharina que esa no es su casa. Están las dos solas; Jon y Markel han salido.

Katharina aguarda impaciente, mirando por la ventana de la cocina. Virginia tarda. El cielo, por el costado del mar, está cargado de nubes oscuras. Después de ir al supermercado, Katharina quiere estirar las piernas por el puerto. Virginia vuelve por fin.

Ya puedes salir.

Katharina no se despidió.

El cielo está ahora completamente cubierto. Katharina ha decidido prescindir del paseo. En cuanto concluye los recados, vuelve a casa. Aparca en la cueva. Toca varias veces el claxon, como acostumbra a hacer para que alguien baje a ayudarla con las bolsas. Nadie responde. Repite la llamada, con el mismo resultado. Sube la cuesta con dos bolsas en cada mano. Intenta no prestar atención al tintineo de las cadenas de los perros. Cuando llega a la cochera, dobla hacia las escaleras que llevan a la casa sin mirar a los animales. La vivienda dispone de tres entradas: la que da al sótano; una puerta en la terraza inferior, que lleva a la planta baja, ocupada por los visitantes; y la que permite acceder directamente a la planta superior. Esta es la que usan Jon y Katharina. Las asas de las bolsas le cortan la circulación de los dedos. Tiene que hacer varias pausas. Se detiene de nuevo cuando está a punto de llegar a la puerta, sin respiración. Delante de ella, una serpiente sale de la jaula donde guardan las bombonas de butano. Se aleja reptando hacia una zona de hierba alta. Otras veces se ha topado con culebras en el exterior de la casa: restos abandonados por las lechuzas, cuerpos a los que les faltaban trozos o de los que por un desgarrón asomaban las vísceras violetas. Esta es diferente. Las escamas se distinguen en la distancia, perfectamente diferenciadas, de aspecto acerado. El roce del vientre contra el camino de hormigón produce un sonido áspero. Tiene el grosor del brazo de un niño y un metro de largo por lo menos, o puede que más. Aun cuando se pierde de vista, Katharina puede seguir sus movimientos por cómo se agita la vegetación, arbustos y brotes de árboles de tamaño considerable.

Avanza precavida. Entra en la casa y se apresura hacia la cocina. Suelta la carga sobre la mesa cuando ya está a punto de escapársele de entre los dedos. Un kilo de ciruelas rueda por el suelo. Una lata de salsa de tomate sigue el mismo camino y, cuando se estrella contra los azulejos, Katharina da un respingo y se queda mirándola, a la espera de que una mancha roja se extienda a sus pies. Recuerda la serpiente. Se asoma a la ventana. La bañera para pájaros está desierta.

Vuelve a sobresaltarse, ahora por la voz de Virginia, que le pregunta qué pasa.

¿Dónde estabas?

Virginia responde que echando una siesta. Se aparta justo a tiempo de no ser arrollada por Katharina cuando esta sale de la cocina.

Recorre la planta alta cerciorándose de que no haya ventanas abiertas. Por el camino dirige miradas recelosas a los estampados intrincados en los que figuran los colores verde, marrón o negro.

¿De qué color era? ¿Tenía dibujos en la piel? ¿Una especie de cuerno en la nariz? ¿La cabeza era triangular o redondeada?

Jon ha vuelto y cada una de sus preguntas enfada más a Katharina.

No lo sé. Era una puta serpiente. Sal y mátala.

Markel propone llevar a los perros. Virginia se niega a que Edgar y Edmund los acompañen,

no con una víbora cerca.

No creo que sea una víbora, dice Jon. Seguramente, una culebra de jardín. A veces se hacen muy grandes.

Va al viejo gallinero y coge un hacha y una pala. Se las ofrece a Markel, que toma el hacha. Ha empezado a tronar. Cada retumbo del cielo es respondido por los perros en la cochera. Jon y Markel se introducen entre la vegetación por donde desapareció el reptil. Katharina y Virginia los miran desde la ventana de la cocina. Virginia la abre y dice algo acerca de hombres valientes que acuden al rescate de damiselas. Katharina guarda silencio. Ellos tampoco responden. Avanzan con la vista puesta en el suelo, apartando la hierba con las herramientas. Comienza a llover. No hay gotas que sirvan de aviso. De súbito, descarga una lluvia cerrada. Jon y Markel corren de regreso. Cuando entran están empapados.

Llueve durante el resto de la tarde y toda la noche. Al día siguiente continúa lloviendo. Anochece mientras los cuatro beben chocolate en la sala de estar. Lo ha preparado Virginia. Le ha añadido canela. Está enfurruñada. Ha preguntado varias veces si pueden entrar los perros. Asegura que se quedarán en la planta de abajo, pero Markel se ha mantenido firme. Dice que en la caseta están a buen resguardo. Mueven las tazas en círculos para que el chocolate barra la canela adherida a la pared interior. Katharina está acomodada con las piernas plegadas bajo el cuerpo y cubierta por una manta. Mira por la ventana hacia el prado de San Juan, donde nada se mueve. Dice que, en noches así, la casa le gusta aún menos. Trueno de nuevo. Se suceden los frentes tormentosos. Jon recuerda en voz alta una racha de mal tiempo similar, cuando él era niño. Les cuenta que, antes de que su abuelo construyera la casa, allí se levantaba una tejera rudimentaria que explotaba una lengua de arcilla que descende el monte. Aquella vez, llovió con tanta fuerza que la arcilla empezó a desplazarse y se produjo un corrimiento en la ladera. Por la noche, cuando él fue al cuarto de baño y levantó la tapa del váter, encontró dentro varios ratones. Una docena o así. Casi todos ahogados, pero un par todavía pataleaban. Huyendo de la lluvia y de la arcilla, habían accedido de algún modo a las cañerías. Tiró de la cisterna una vez tras otra, hasta que todos desaparecieron.

Genial, dice Katharina. Tenía que ir al baño, pero ahora no puedo. Imposible.

Las ventanas se iluminan de blanco puro. Al instante, llega un trueno que arranca como un crujido y crece hasta que las luces se apagan. Jon estira el cuello. El pueblo también está a oscuras.

Esperaremos, susurra.

Pervive el eco. La oscuridad es absoluta y no hay más rayos.

Al cabo de un momento Jon, alumbrándose con el teléfono móvil, va a la cocina. Regresa con un mechero. Sobre la repisa de la chimenea hay un candelabro de tres brazos. Enciende las velas. Guardan silencio, contemplando las llamas, el blando goteo de la cera, hasta que el alumbrado público vuelve a iluminarse. No obstante, la casa sigue a oscuras.

Será nuestro automático, dice Jon. Voy a ver.

¿Quieres ayuda?, pregunta Markel.

¿Para qué?

El cuadro eléctrico está en el piso de abajo. No se lo ha dicho a los visitantes. Coge la linterna que guardan en la despensa. Abre la portilla de seguridad y baja las escaleras esforzándose en no hacer ruido. Abre la segunda portilla. Pasa al despacho. El cuadro se encuentra detrás de la puerta. Todos los interruptores magnetotérmicos están levantados. El problema es exterior. Antes de subir la escalera apoya la mano en la puerta del salón, que se abre sin resistencia. Aguarda. Oye a los demás hablar en la sala de estar. Entra en el salón y cierra la puerta. Apaga la linterna y se ilumina con el móvil, más discreto.

Le cuesta reconocer el salón. Incluso el olor es diferente: pesado y ácido. Hay muebles cambiados de sitio. El sofá hace las veces de cama, y las sábanas y las mantas están revueltas. La mesa de centro está ocupada por el televisor nuevo y ha sido desplazada para poder verlo mejor desde el sofá. Las persianas, como siempre, están bajadas. Lo que le deja pasmado es el desorden. Hay maletas abiertas en el suelo; los dos juegos que llegaron después de las visitas, y su contenido se halla extendido por todas las superficies. Ropa colgada del respaldo de las sillas, sobre los sillones, amontonada encima de la mesa donde Jon trabajaba, zapatos desparejados, lencería entremezclada con prendas de abrigo, todo arrugado, esparcido por el suelo, junto con pañuelos de papel usados, toallas húmedas, latas de cerveza y botellas de vino vacías, envoltorios de chocolatinas, bolsas de patatas fritas, cepillos para el pelo, revistas de moda, tubos de maquillaje abiertos... Es imposible dar un paso sin pisar algo. Entre la ropa, hay prendas de las que aún cuelga la etiqueta. Zapatos con la suela impoluta. Se agacha a coger uno. Es de Louboutin. Ve un ficus arrojado debajo de un radiador, junto con su tierra, ahora desparramada. Antes ocupaba un amplio macetero ornamental de loza. Localiza el macetero al pie del sofá. Junto a él, un rollo de papel higiénico. Se asoma. Lleno hasta la mitad de orina.

Ve un cuenco con pienso canino. Pese a la prohibición expresa, Virginia permite que los perros entren en la casa. Debe aprovechar las ocasiones en las que él y Katharina están fuera.

Le llama la atención el bolso que está sobre el sofá. Asoma de él un cartapacio de cartón gris con aspecto de viejo. Lo abre. Las páginas están amarillentas. Hay párrafos escritos a máquina y otros a mano, con una caligrafía puntiaguda y muy tumbada. Lee nombres familiares. Sellos oficiales. La escritura de propiedad de la casa. Duda un momento y devuelve el cartapacio al bolso. Quiere seguir registrando, pero el desorden dificulta saber por dónde continuar. Y lleva mucho tiempo ausente. Sale del salón. Vuelve a encender la linterna y sube. Al mismo tiempo que entra en la sala de estar, las lámparas se encienden, al principio mortecinas, para recuperar enseguida la intensidad habitual.

Traes la luz contigo, dice Markel.

Un rato después, mientras cenan en la cocina, Jon alza un dedo.

Escuchad.

Ha dejado de llover.

Salen a la parte trasera de la casa y respiran como si llevaran semanas encerrados. Los regueros de agua que descienden por la ladera producen un susurro de circulación sanguínea.

¿Soltamos a los perros?, propone Virginia.

Markel asiente. Ella baja a la cochera. Katharina se refugia en la casa. Markel y Jon se hinchán los pulmones con el aroma a tierra empapada. Oyen a los perros, que se estorban entre sí en las escaleras, subiendo a la carrera, ladrando igual que toda una jauría. Los animales se lanzan ladera arriba con el hocico alzado. Las pezuñas levantan salpicaduras de barro. Se revuelcan en la hierba. Las nubes se encogen. Asoma la luna, que lo tiñe todo de añil. Vuelve Virginia, abrazándose a sí misma por el frío. Dice que los perros se están ensuciando. Jon y Markel contemplan con envidia las evoluciones de los animales.

Déjalos, dice Markel. Necesitan ejercicio.

Virginia sorbe por la nariz y entra en la casa. Suena un trueno rezagado, último cartucho de la tormenta en retirada. Uno de los pastores alemanes mete el rabo entre las piernas. El otro olfatea el suelo, cava, corretea, se deleita.

Ese es Edgar. Mi perro, dice Markel. Voy con ellos. ¿Tú?

Nos vamos a empapar.

¿No te apetece estirar las piernas? A mí sí.

Jon se pone el calzado que usa cuando trabaja en el jardín. Para Markel, encuentra un par de botas de agua de su padre.

¿Te quedan bien?

Perfectas. Vamos.

Para acceder a las terrazas del terreno hay escalones cavados en la tierra, difíciles de localizar por la oscuridad y la hierba crecida. Se agarran a las ramas de los árboles, a las piedras y uno al otro. Resbalan y se caen, sin consecuencias más allá de empaparse los pantalones. Ni siquiera han cogido abrigos, tampoco linternas. Los perros, al verlos acercarse, redoblan su frenesí.

De pronto, Markel se detiene y mira a su alrededor alarmado.

¿Y la víbora?, susurra.

Seguramente no era ninguna víbora. Y estará resguardada en algún agujero. A las serpientes no les gusta el frío.

Jon recuerda un truco que usaba de niño para atraer a culebras de jardín y luciones: llenar globos de agua caliente y dejarlos entre la hierba o debajo de arbustos. Dice que podrían hacer lo mismo. Markel se entusiasma, volviendo a hablar en voz alta. Mientras siguen subiendo, pregunta qué harán luego, ¿se esconderán a esperar a la víbora armados con la pala y el hacha?

Cuando alcanzan la cima, Jon advierte a Markel de que ponga mayor cuidado al caminar. Un muro bajo de piedra seca delimita la propiedad. En paralelo, una hilera de eucaliptos. Los árboles susurran, mecidos por el rebufo de la tormenta. El suelo está cubierto de bellotas. Donde hay más cantidad, es como caminar sobre un lecho de bolas de rodamiento. Markel se abraza a uno de los árboles y se deja deslizar hasta quedar sentado en el muro, mullido por hojas secas y hebras de

corteza. Jon lo imita. Los perros se tienden a sus pies, se lamen las patas y se las pasan por el hocico, igual que gatos. En la ladera, la caliza asoma como dientes de leche en las encías de un bebé. Una nube vuelve a ocultar la luna. Desaparecen los brillos en la ría. Las luces del pueblo se tornan más visibles y menos sugerentes. Los montes que abrazan el estuario se emborronan. En la casa, se abre la puerta trasera y una silueta se asoma. Katharina. La ven volver la cabeza a un lado y al otro, buscándolos. En la oscuridad y ocultos por los árboles, es poco probable que los divise. No obstante, guardan silencio, inmóviles, sin respirar, los dos hombres y los dos perros. Si los ve, les dirá que vuelvan, que hace frío, que es tarde. Entra y cierra la puerta.

¿Qué hay por allí?, pregunta Markel señalando a su espalda, al otro lado del muro.

Jon responde que un soto de castaños; también la dolina por donde se cuela el agua de escorrentía al interior del monte, como un gran sumidero; y una red de zanjias, quizá trincheras de la Guerra Civil. Él jugaba allí de niño, pero hace años que no sobrepasa el muro. Es un terreno irregular y que nadie cuida, así que está tomado por la maleza.

Guardan silencio hasta que Jon dice: He pensado pedir a Lorena que vuelva. No me parece bien que Virginia siga ocupándose de la casa. Y Katharina y yo tenemos trabajo. En cualquier caso, ella, en su estado, no puede hacer esfuerzos.

Markel le asegura que no debe preocuparse; Virginia es capaz de encargarse de todo.

Jon acaricia a uno de los pastores alemanes, que tiene el pelo mojado. Se frota la mano contra la pernera del pantalón, que también está mojada. Termina de secársela en el jersey.

No me malinterpretes. Agradezco que Virginia cocine y limpie, pero he notado que, en lo que se refiere a la limpieza...

¿Qué?

Bueno, es una casa exigente. Hay que conocerla, saber tratarla. No puedo pedir a Virginia que se encarama a una escalera para quitar las telarañas de los aleros.

Yo no me fijo en los aleros. ¿Hay algo más que ella debería hacer y no hace?

No te enfades. Hay unas cuantas cosas. La casa está cada vez más sucia. Katharina está embarazada. No quiero que viva en esas condiciones.

Markel dice comprenderlo.

A Lorena le pagamos de todos modos. No tiene por qué venir todos los días. Solo para hacer el trabajo grueso. Todos estaríamos mejor.

Markel retrasa la respuesta. Cuando habla, su sonrisa resplandece incluso a través de la noche.

Tienes razón. Pero es que estamos tan bien nosotros solos, los cuatro.

Entonces, puedo hablar con Virginia. Darle algún consejo. O puedo echarle una mano.

No, dice Markel, serio de repente. No le digas nada. Yo hablaré con ella.

¿Por qué?

No la conoces. También ella es exigente. Si le dices que Lorena va a volver, se ofenderá. Si le dices que no limpia como es debido, también. Deja el asunto en mis manos. Estoy acostumbrado a negociar con ella.

Vuelve a salir la luna.

Aprovechemos para bajar, dice Jon, y los perros, como si lo hubieran entendido, se levantan y los preceden.

No obstante, Markel sigue sentado en el muro.

Tened cuidado con Virginia, dice. No os gustaría verla enfadada. Reconozco que me da miedo. Puede ser venenosa. Advérteselo a Katharina.

* * *

Has hecho bien, dice Katharina, arrodillada en la cama, después de que Jon le haya contado lo sucedido esa noche: la visita al salón y la charla con Markel.

Él no está tan seguro. Piensa que tendría que haber recuperado la escritura de la casa. Quizá también debería hablar de ello con Markel. Aunque puede que no sepa nada. Jon está seguro de que Virginia, con la disculpa de limpiar, ha registrado la casa hasta dar con el documento.

Katharina le pide que le vuelva a describir el salón. Mientras él habla, ella pierde la vista en el infinito, ahora sonriendo, ahora asqueada, ahora sonriendo de nuevo, incapaz de creer que tal desorden y abandono se hallen a solo unos metros.

Veremos qué hacen ahora, dice.

Jon asiente. No menciona que Virginia permite a los pastores alemanes entrar en la casa.

¿Has estado en la habitación de él?

Jon dice que no. De todos modos, Markel deja la persiana levantada, abre la ventana. En varias ocasiones Jon ha echado un vistazo desde fuera, y sabe que Katharina ha hecho lo mismo.

Ah, y yo tampoco quiero que vuelva Lorena, concluye ella, aunque la porquería se desborde.

Por la mañana, el prado de San Juan ofrece un aspecto penoso. Algunas tiendas se han hundido bajo el peso de la lluvia. Los campistas deambulan abatidos, evitando los charcos, envueltos en mantas. Unos cuantos recogen su equipo. Los contenedores de basura, insuficientes, rebosan. Hace días que el Ayuntamiento no los recoge. Las gaviotas se abalanzan sobre los desperdicios y los esparcen. La ría vuelve a bajar crecida. Parece a punto de invadir el césped y barrer los restos del campamento.

Últimamente Katharina pasa mucho tiempo en el sótano. Entra por la cochera, después de asegurarse de que nadie la vea bajar. No hace ruido. No enciende la bombilla. Usa el teléfono móvil para iluminarse y solo de manera puntual. Teme que la luz se cuele por las rendijas de la puerta que da a la planta baja. Se encarama a la escalerilla. Si oye voces, apoya la boca de un vaso en la puerta y pega la oreja al fondo. Pero la mayor parte del tiempo se limita a permanecer allí sentada. La puerta no tiene cerradura ni pestillo. Cualquiera puede abrirla desde el otro lado. Esto, al principio, la excita. Siempre tiene cuidado de silenciar el móvil.

Al cabo de varias jornadas de vigilancia, sin embargo, encuentra una tabla sobrante de alguna reparación y apuntala la puerta con ella; encaja un extremo bajo la manilla y apoya el otro en la pared de enfrente.

Se comunica con Jon mediante mensajes de móvil. Él la avisa si los visitantes bajan. Cuando quiere retirarse, ella le pregunta si el terreno está despejado. Les emociona este juego.

A oscuras, emperchada en el último escalón de la escalerilla, con las nalgas dormidas, deja volar la imaginación más de lo que se atreve a hacer en sus conversaciones con Jon. Se plantea cosas que no le diría a él por temor a que la tache de remirada y estrambótica.

Casi nunca oye nada, más allá de pasos, de puertas que se abren y se cierran, de la cisterna del cuarto de baño, de los muelles del somier. ¿Por qué esos dos casi no hablan entre ellos? ¿Qué han hecho durante todo el tiempo que llevan viajando? Si es que es cierto que han estado viajando por el mundo.

La casa está silenciosa. Sin despertarse del todo de la siesta, Katharina sale del dormitorio. En el pasillo recoge bolas de pelo y de polvo. Las tira a la basura. En el fregadero de la cocina siguen los platos del desayuno y de la comida. Han comido pizzas congeladas. Virginia cada vez dedica menos tiempo a las labores domésticas.

Se asoma al comedor, pero no encuentra a Jon; su ordenador está apagado. Recuerda que dijo que iría al pueblo con Markel a comprar un cartel de «cuidado con el perro» para colgarlo en la entrada. Esperan que eso disuada a los ufólogos y no dejen más notas. Decide volver a su habitación y leer un rato.

Al pasar ante las escaleras mira hacia abajo por costumbre y se detiene. En el recibidor de la planta baja está uno de los perros. No sabe si es Edgar o Edmund. Las dos portillas de seguridad están cerradas. El perro la mira meneando la cola. Katharina le hace un gesto para que se vaya. Sin ninguna dificultad, el pastor alemán salta por encima de la portilla inferior y sube las escaleras al trote. Las uñas rascan los escalones. Katharina retrocede asustada. El perro llega a la segunda portilla, pero en esta ocasión, al saltar desde una posición más baja, no logra sobrepasarla. Se queda con medio cuerpo a un lado y medio al otro, las ancas enganchadas en el travesaño superior. Consigue apoyar las patas delanteras en el suelo. Las traseras las sacude mientras gañe de dolor.

Katharina corre a la puerta de la planta de arriba. La abre de un tirón y se detiene paralizada. Frente a ella, en los escalones de piedra que llevan al viejo gallinero, aguarda el otro perro. De la boca le cuelga el cuerpo sin vida de una serpiente, la misma que vio Katharina. La muerde por el centro. La cola llega al suelo; la cabeza, un amasijo mordisqueado, también. Las babas del perro se deslizan por el cuerpo y se mezclan con la sangre del reptil.

El peso del primer pastor alemán hace que las sujeciones de la portilla venzan. Perro y portilla se derrumban con un estrépito que hace chillar a Katharina.

Acorralada, no tiene más escapatoria que el pequeño aseo que hay en el recibidor. Se lanza

dentro y cierra el pestillo. El perro araña la puerta y ladra. A través del cristal esmerilado de la ventana, ve la silueta deformada del otro animal, que gruñe y resopla mientras parece despedazar o devorar a la serpiente. Katharina grita pidiendo ayuda. Nadie responde. Ha dejado el móvil en la habitación, no puede llamar a Jon. Pero Virginia debe estar en la casa. La llama. Aporreando la puerta, pero solo pone más nervioso al perro que está al otro lado. Se siente al borde de un ataque de ansiedad. Le pitan los oídos y le cuesta respirar. Se moja la cara con agua fría. Vuelve a llamar a Virginia. Toma asiento en el retrete, concentrada en regular la respiración. Al cabo de un rato deja de oír a los perros, pero no se atreve a salir.

Media hora después, oye subir las escaleras a Virginia, que pregunta a Edmund qué hace allí.

¡Saca de casa a ese puto perro!

¿Katharina?

Que lo saques.

Virginia le pregunta qué hace encerrada en el aseo. Suena como si estuviera conteniendo la risa.

¡Llévatelo!

Virginia dice que ya va, que no se enfade.

¡Llévate a los dos! ¡Átalos!

Katharina oye a Virginia salir de casa y alejarse con los animales. Sin embargo, no sale aún. Espera hasta que ella vuelve. Le parece que tarda una eternidad.

¿Qué hacías? Te he estado llamando. ¿No me oías?

Virginia responde que estaba en la ducha.

¿Todo este tiempo? Tienes el pelo seco.

Virginia dice que no se lo ha lavado.

* * *

La placa tectónica del Caribe abarca la parte continental de Centroamérica y el fondo del mar Caribe. Su superficie ronda los 3,2 millones de kilómetros cuadrados. Limita al norte con la placa Norteamericana; al este y al sur, con la Sudamericana; y al oeste, con la de Cocos. Sus fronteras son activas en cuanto a erupciones volcánicas y movimientos sísmicos.

Las sillas del comedor no son cómodas. Madera de castaño, historiadas. Jon las acolcha con cojines, pero no basta. Oye cerrarse una puerta. Mira el reloj. Virginia ha estado corriendo y ha vuelto a casa. Se hace de nuevo el silencio. Como dice Katharina, en silencio todo se siente más. Se refiere a la humedad de la casa, al picor del polvo en la nariz, que te mantiene prisionero al borde de un estornudo. Él siente la tensión en la espalda, entre los omóplatos, concreta y punzante, como si alguien lo pellizcara. Ve un índice y un pulgar huesudos, de nudillos verdosos y uñas melladas, que horadan uno a cada lado de la columna. Se levanta. Se asoma a la ventana. Abajo, en la puerta de entrada, alguien vestido de negro, cubierto con una capucha, deja una nota

en la puerta. Jon sale corriendo.

¡Eh, usted!

El desconocido camina hacia el prado de San Juan. Se detiene, mira hacia atrás. Lo primero que Jon distingue es el anorak; «vigilante». A la mujer se le notan las jornadas de acampada. Está despeinada y ojerosa. Tose discretamente por un lado de la boca. Trata de sonreír, pero no lo consigue, más por fatiga que por temor. Jon se acerca a zancadas.

La conozco. Sé cuál es su tienda de campaña, suelta, y de inmediato se siente absurdo.

Moderando el tono, ahora frío, dejando salir al ingeniero, añade: No vuelva a dejarnos notas. Si lo hace, llamaré a la Guardia Civil.

Ella no se amilana. Sopla el nordeste. Se sujeta la capucha del anorak para cubrirse bien las orejas.

No entiendo cómo puede usted dar la espalda a los Hermanos del Cielo. Seguramente, nunca volveremos a tener una oportunidad así.

Jon está a punto de preguntar a qué oportunidad se refiere, pero se domina.

¿No comprende que su negación puede dificultar su regreso?, prosigue ella.

No vuelva por mi casa.

La mujer niega con la cabeza. Contempla la ría y a los campistas del prado de San Juan. Achica los ojos tratando de ver algo. Luego se vuelve hacia Jon y se acerca un paso. En tono aún más comedido dice: Lo cierto es que quería hablar con usted sin que mi marido estuviera presente. Puedo darle información que le convencerá de la grandeza de lo que aquí ha sucedido, y que ojalá vuelva a suceder.

Añade que dispone de pruebas mejores y mucho más sugerentes que las que puede ofrecer su marido. Dice ser poseedora de documentos y le pregunta si pueden verse en privado en algún momento, en el pueblo, quizá, para que ella se los muestre y se los traduzca.

Jon mira hacia la casa. Mueve la mandíbula de un lado al otro.

Tenemos perros. Los soltaré si vuelvo a verla a usted o a su marido.

Da media vuelta. En la puerta, arranca el papel que ha dejado la mujer, hace una pelota con él y lo tira a la carretera.

Cuando entra en la casa rumiando lo que la ufóloga le ha dicho, más alterado aún que cuando bajó a su encuentro, se detiene en seco antes de llegar al comedor.

Hola.

Hola, responde ella.

El enojo ha desaparecido de pronto, reemplazado por la extrañeza que le produce ver a una mujer casi desnuda, una mujer atractiva, prácticamente una desconocida, en el pasillo de la casa de sus padres, donde él jugaba de niño. Una visión tan inusitada como los platillos volantes. Virginia lleva un sujetador deportivo de color rosa y un tanga blanco. Está sudada. Sostiene en la mano las zapatillas que usa para correr. Sin dejar de mirar a Jon, las deja caer al suelo. Se queda con los brazos colgando. Una rodilla adelantada y el pie apoyado sobre la punta. Simula oír algo

detrás de ella y le muestra el culo.

Jon mira a su alrededor, preguntándose dónde estarán Markel y Katharina.

Hola, repite ella.

Y al cabo de una pausa: Gracias por librarnos de esa loca.

¿La conoces?

La había visto.

¿Dejando notas?

Ella asiente.

¿Por qué no nos avisaste?

No me pareció peligrosa. Y, en cualquier caso, pensé que ya había alguien que se ocuparía de ella como es debido. Mucho mejor que yo.

Esto lo dice con voz profunda, un ronroneo casi.

¿Acostumbras a andar así por la casa?

Cuando no hay nadie.

Sabías que yo estaba aquí.

Ella sonríe y se enjuga el sudor de la frente.

¿Quieres que limpie algo? ¿Quito el polvo del comedor?

Él la mira detenidamente. Se concede eso, al menos. Graba los detalles. Niega con la cabeza y entra en el comedor.

Antes de que él cierre la puerta, Virginia dice: Te arrepentirás. Esta noche, cuando te acuestes, te arrepentirás.

Puede, responde él. Pero mañana me levantaré muy tranquilo. Y lo que importa es cómo te sientes al día siguiente.

Espera junto a la puerta cerrada hasta que oye alejarse a la chica. Se asoma al pasillo. Vía libre. Va a la cocina y coge una cerveza de la nevera.

Una vez más reprime el impulso de pensar en Virginia y en Markel, de intentar recordar si alguna vez conoció a su primo, de apropiarse de la espuma de unas vidas ajenas y elaborar con ella una ficción, de sublimar a personas en personajes. No están allí para eso. Y él tiene trabajo que hacer.

El borde septentrional de la placa, en su unión con la Norteamericana, constituye un límite transformante. Discurre a lo largo de Belize, Guatemala y Honduras, para luego adentrarse en el Caribe hacia el este, pasando al sur de Cuba y al norte de La Española, Puerto Rico y las Islas Vírgenes.

Hace días que Katharina no traduce nada. Ha decidido no continuar el trabajo, aunque no se lo ha dicho a la empresa de servicios editoriales. No le importa si se niegan a pagarle los capítulos terminados. Ni siquiera se lo ha dicho a Jon, aunque supone que lo ha deducido. Él, pese a los visitantes y lo que ha pasado, ha seguido entregando la cuota semanal de artículos de la

enciclopedia.

¿Me acompañas a hacer la compra?, le pregunta ella.

Están desayunando en la cocina, los dos solos. Añade que quiere pasar un rato con él, fuera de casa, haciendo algo normal. A Jon le parece buena idea. Esa mañana puede empezar a trabajar más tarde, o no trabajar. De pronto ella está alegre, así de fácil.

Van al pueblo en coche. En la primera tienda a la que entran, Katharina dice sentirse mareada. Jon se ofrece a llevarla de vuelta a casa, pero ella dice que no. Prefiere caminar. Tomar el aire le vendrá bien. Le asegura que no debe preocuparse y le recuerda un par de cosas que tiene que comprar y que no están en la lista.

Sale de la tienda. Comprueba que Jon no la ve y aprieta el paso. Cuando han salido de casa, Markel y Katharina no se habían levantado aún. Les han dejado una nota bien visible.

Atisba entre los barrotes de la puerta de entrada por si los perros están sueltos. Ni los ve ni los oye. Sube a la cochera, donde huele a mierda de perro. Los pastores alemanes no están. Edgar y Edmund han sacado los cartones con los que Virginia cubrió el fondo de la caseta y los han destrozado. Excrementos pisoteados por pezuñas.

En cuanto entra en el sótano los oye follar. Están en la habitación de Markel. Sube la escalerilla con el corazón palpitante. Ni siquiera necesita el vaso para oírlos. No obstante, lo usa, el que guarda allí con ese fin. En cuanto apoya la oreja es como si estuviera con ellos. Los gemidos rítmicos de Virginia. Las sacudidas del somier. El restallido de un cachete en una nalga. Un chillido agudo, breve, y vuelta a los gemidos.

Está tan enfrascada que no oye los otros ruidos, o no les presta atención, hasta que suenan a unos centímetros de ella, amplificadas de manera horripilante por el vaso. Edgar y Edmund olfatean por la rendija bajo la puerta. Arañan el parqué. A punto está de soltar el vaso, que se habría hecho añicos al pie de la escalerilla, delatándola. O quizá no, porque Virginia y Markel no advierten nada hasta que uno de los perros gañe y Virginia, con la voz entrecortada, pregunta qué pasa. Markel la ignora. El somier sigue sacudiéndose. Ahora los perros ladran. No ladridos de amenaza. Más bien llamadas. Se alternan, Edgar, Edmund, Edgar... Si pudieran hablar dirían: ¡Katharina! ¡Katharina!.

¿Qué pasa?, dice Virginia. ¿Edmund?

Estoy a punto, dice Markel. No te muevas.

Nuevos gemidos. Ahogados. Doloridos. Mezclados con los de los perros.

¡Suéltame!

Dos sacudidas, tres, y el somier queda en silencio. Unos pasos. A estas alturas Katharina reconoce perfectamente los de él. La puerta del baño cerrándose. Otros pasos. Estos se acercan. Pies desnudos sobre la madera. Virginia regaña a los perros. Les pregunta qué pasa. Katharina los oye alejarse. Supone que Virginia los arrastra por el collar. Pero no van muy lejos. Se abre la puerta del baño. Markel pregunta qué es ese escándalo. Katharina ha despegado el vaso de la puerta, lo aprieta entre las manos. No lo necesita para oír la conversación. Markel dice que hay

que sacar de allí a los perros. No quiere que esos dos vuelvan y se los encuentren dentro de la casa. El asunto ya está lo bastante complicado. Dice que él se encarga, además quiere subir a comer algo, espera que hayan dejado café hecho. Pide a Virginia que espere mientras él se viste. Un momento de silencio y Markel se lleva a los perros, que no cesan de gemir, que resbalan en el parqué.

Katharina se dice que es un buen momento para retirarse.

Antes de que llegue a bajar un solo escalón, se vuelve a sobresaltar. El sonido es inconfundible. Aun así, no está segura porque sus latidos suenan igual de atronadores. Más tarde le sorprenderá su reacción. Usando el móvil, ilumina la manilla de la puerta para cerciorarse de que el sonido corresponde a lo que ella cree: la manilla sube y baja. Deduce que Virginia se ha acercado sigilosamente.

La puerta no se abre. La tabla que la apuntala aguanta. Katharina sigue, a tiempo de bajar la escalerilla, salir a la cochera y entrar en la casa simulando no saber nada. Se abraza a la tabla para asegurarse de que no se mueva. Silencio, de pronto. La manilla, inmóvil. Transcurren unos segundos. Suelta la tabla.

La manilla vuelve a moverse, más rápido. Se aferra a la tabla. Luego, otra pausa.

Piensa que puede irse.

Y, en cualquier caso, aunque la tabla ceda, se abra la puerta y Virginia la descubra, ¿qué pasará? Puede inventar una disculpa que explique de manera sencilla su presencia.

Pero no es amiga de las disculpas. Prefiere quedarse allí, acalabrada, con la cara cubierta de sudor y el pelo pegado a la frente. Esa es la casa de su pareja y ella puede hacer lo que le venga en gana.

Suelta la tabla y se recuesta en la pared. La manilla continúa moviéndose intermitentemente. Una larga pausa. La manilla. Una pausa aún más larga. La manilla, arriba y abajo, arriba y abajo. A oscuras, Katharina mira fijamente la puerta, a la espera de que se despliegue una luz que la deslumbre y en la que se recorte una silueta en posición de alerta.

Poco a poco, se tranquiliza. Cierra los ojos. No mira el reloj. Ni siquiera se altera cuando, por fin, la manilla cesa definitivamente de moverse y, en su lugar, oye unos golpecitos en la puerta dados con los nudillos. Educados, puede que atemorizados.

Desciende la escalerilla. Sale a la cochera. Rodea la casa y entra por la puerta del piso superior sin acallar los pasos, orgullosa. Va al cuarto de baño a refrescarse. Goza de la sensación del agua fría en la cara, de los regueros que le bajan entre los pechos y mojan el sujetador ya empapado de sudor.

Despierta... Despierta... ¡Jon!

¿Qué?

Es noche cerrada. Hace horas que todos duermen. Katharina está en pie junto a la cama.

Estoy sangrando.

¿Qué? ¿Como la otra vez?

No. Más.

La ha despertado un pinchazo en la parte baja de la espalda. Entonces ha notado la humedad.

Jon acierta a encender la luz de la mesilla. Los dos miran la sangre en la sábana.

Ya no me duele nada, dice ella con voz grave.

PARTE III

—¿Os importaría que nos quedáramos un poco más? Solo unos días.

Como Jon no responde, sino que sigue preparando el desayuno, Markel continúa en tono de disculpa.

Los amigos a los que íbamos a ver en Madrid han tenido un problema. No sería correcto ir ahora a su casa.

¿Qué problema?

No lo sé exactamente. Algo de salud.

¿Grave?

Supongo. Sí.

¿Más grave que un aborto?

No, por supuesto que no. Aunque podemos ir a un hotel. Y desde allí reorganizar nuestro viaje.

Jon coloca en una bandeja la taza de café, el vaso de zumo de naranja, las tostadas, la mantequilla y la mermelada.

No hace falta. Podéis quedaros el tiempo que necesitéis.

Markel se lo agradece y promete que no serán ninguna molestia; al contrario, les ayudarán en todo cuanto puedan.

Jon lleva el desayuno a Katharina. Ella se incorpora en la cama. Él le coloca otra almohada tras la espalda.

¿Qué tal estás?

Bien. Gracias por el desayuno.

¿Has llamado a tus padres?

Ella prueba un sorbo de café y dice que no.

¿Por qué?

¿Quieres que se presenten aquí hoy mismo?

Él no se molesta en responder. Mira por la ventana. La ría centellea. El sol de la mañana cae de lleno sobre la casa, como un foco teatral.

Puedes ir tú a Múnich. Te acompañaré, si quieres.

Te acabo de decir que estoy bien. Se lo contaré todo a mis padres y también iré a Múnich, pero más adelante. Antes tenemos algo que resolver. ¿Tú ya has desayunado? Coge una tostada, por favor. Son muchas para mí.

Virginia sale de un pequeño hotel en el extremo de la calle principal de Ribadesella. Viste ropa de deporte y carga al hombro la bolsa que acostumbra a llevar al gimnasio. Como siempre, gafas de sol. El pelo recogido en una trenza poco apretada.

Desde una cafetería al otro lado de la calle, Katharina la ve alejarse a paso ligero, camino del gimnasio. Ocupa una mesa no demasiado cerca de la ventana. Frente a ella, un periódico abierto que solo ha usado para ocultarse cuando ha aparecido Virginia. Mira el reloj. Ha estado en el hotel veinte minutos. Un edificio de tres pisos, antiguo pero remozado, con miradores de madera. Es el tercer día que sigue a Virginia. Esta siempre va al gimnasio a la misma hora. Katharina sale de casa con antelación y aguarda escondida al final del puente, en el lado del pueblo, por donde Virginia debe pasar necesariamente. A partir de ahí, camina tras ella sin ser vista. Los dos primeros días, Virginia fue al gimnasio y a continuación regresó a casa. Pero hoy ha habido suerte.

Jon pide una cerveza y se sienta en la misma mesa desde donde Katharina vigiló el hotel. Deja pasar media hora, tiempo en el que nadie entra ni sale del establecimiento de la otra acera. Katharina le ha dicho que es mejor que no entre en el hotel, por si la persona o personas a quienes Virginia ha ido a ver —porque eso es lo que les parece más lógico— lo reconocen. La noche previa apenas durmieron. En su habitación, hablando en susurros, especularon hasta el amanecer sobre lo que Virginia y Markel se traen entre manos. O puede que Virginia sea la única implicada. Que se mueva a espaldas de Markel.

Al cabo de la segunda cerveza, Jon se aburre. Cruza la calle y entra en el hotel. Suelo de madera, desigual pero muy encerado. Plantas de plástico en macetones. Una escalera empinada sube al primer piso. Una alfombra color burdeos la protege. Las barras de latón que la sujetan al fondo de cada peldaño hacen juego con el pasamanos. El mostrador de recepción está en el hueco bajo la escalera. No se hizo pensando en personas altas. Ve de reojo al hombre que ocupa la recepción y, sin detenerse, cruza la puerta del bar-comedor. No hay nadie. Una chimenea. En las paredes, adornos marineros, faroles de barco reconvertidos en lámparas, una colección de nudos. La barra, situada en diagonal en una esquina, tiene forma de velero. Reproduce toscamente el Habana, la embarcación que antaño cubría la ruta Ribadesella-Cuba. Los tres palos —trinquete, mayor y mesana— casi llegan al techo. Las velas están recogidas y polvorientas. Las cofas sirven de botelleros para el whisky y el coñac caros. El resto de botellas, en una balda tras la barra. Se sienta en un taburete. No mira hacia atrás cuando el recepcionista entra en el bar-comedor y se acerca arrastrando los pies. El bauprés es abatible y sirve de portilla para acceder a la parte trasera de la barra.

¿Qué ponemos por aquí? ¡Hostia! ¡Jon!

¿Qué tal estás? No contaba con que me reconocieras.

Claro que sí, joder, pero si estás igual, dice F con las manos apoyadas en la barra y los brazos estirados, la cabeza un poco echada hacia atrás, como si necesitara distancia para enfocar la vista

y apreciar si, en efecto, Jon ha cambiado o no. Menea la cabeza. Hostias, es que no me lo creo.

Fueron juntos al colegio. Eran amigos. El hotel pertenecía a los abuelos de F. En invierno, después de las clases, si hacía mal tiempo iban allí a jugar. La chimenea siempre estaba encendida y siempre había varios perros sesteando al calor del fuego. El abuelo de F era aficionado a la pesca y a la caza. Muchas veces, Jon hizo los deberes del colegio en la misma barra a la que ahora está sentado. Cuando se fue de Ribadesella perdió el contacto con F. Resultó que no eran tan amigos.

Te veo bien, dice, aunque F ha ganado peso y perdido pelo, y no se ha afeitado.

Ya, ya... Y yo a ti. ¿Qué va a ser?

Jon señala la cofa. Johnnie Walker, etiqueta negra, con hielo.

¿Y cómo tú por aquí?

¿En Ribadesella?

F da unos golpecitos con la uña del índice sobre la barra.

No. Aquí. Sabías que ahora el hotel lo llevo yo, ¿no?

Jon asiente.

¿Qué tal el negocio?

En esta época flojo. Lo habitual. Tuve a algunos de esos pirados de los platillos volantes, pero se aburrieron y se marcharon a su casa o se compraron una tienda de campaña y ahora andan por el prado de San Juan. Casi todas las habitaciones están vacías. Ibas a decirme qué haces aquí.

Jon toma un sorbo de whisky. Frunce los labios. Menea la cabeza. Como si quisiera decir algo, pero no acabara de reunir el valor. F aguarda.

La verdad es que tengo un problema, o creo que lo tengo, y a lo mejor tú me puedes ayudar.

Claro. Para eso están los amigos. ¿No es eso lo que se dice?

Verás... Estoy con una chica...

¿Quieres decir que es tu novia?

Sí, mi pareja. Al menos de momento. Las cosas no van bien del todo. Creo que se ve con alguien.

Vaya. Lo siento. ¿Y cómo te puedo ayudar yo con eso?

Se ven aquí.

No jodas. Esas cosas pasan en mi hotel, ¿eh?

Se llama Virginia. Morena. Pelo largo.

Sé quién es. Una de las chicas que tienes en casa. Hay dos, ¿no?

Jon asiente.

Entonces sabías que llevo una temporada en el pueblo.

El otro día te cruzaste con mi madre.

¿De verdad? ¿Dónde?

En el supermercado.

No la vi.

La viste, pero no saludaste. Así que la morena es tu novia. Y mira que yo pensaba que era la otra. Bueno, la otra también es morena. La más baja.

Jon se ciñe a su historia.

Y dices que la conoces.

¿Cómo no? Bastante guapa. Siempre viene a la misma hora. Ella reservó la habitación y abona la cuenta cada semana.

Ella paga la habitación.

Eso he dicho.

¿Tiene a alguien alojado aquí? ¿Quién es?

Oye, no pensarás hacer alguna barbaridad, ¿eh? No quiero líos. La Semana Santa está a la vuelta de la esquina y tengo reservas.

No, claro que no. Por eso estoy hablando contigo, para enterarme de qué está pasando sin tener que hacer ninguna barbaridad.

Claro, por supuesto. F vuelve a tamborilear sobre la barra. Está sonriendo. ¿Sabes qué? Que dudo mucho que ese hombre esté liado con la tal Virginia. Ya sabes, tu novia.

¿Qué quieres decir?

F tarda en responder. Sigue sonriendo.

¿Cuánto tiempo hace que no hablamos tú y yo?, dice por fin. Parece mentira. ¿Te acuerdas de cómo jugábamos aquí? Mi abuela siempre se acordaba de cuando te metiste en una habitación vacía y te quedaste dormido. Entonces sí que montaste una buena. Todos pensaron que te habías ido sin avisar y que te habías perdido o yo qué sé.

Bueno, ya está bien, dice Jon, y pone encima del mostrador doscientos euros.

Y cuatro por el whisky, dice F.

Suena el móvil de Jon. Katharina y él miran la pantalla, sin contestar. Una vez más, están en la cafetería frente al hotel. El teléfono deja de sonar. Es la señal acordada con F. Casi de inmediato, un hombre sale del hotel. Dedicar una mirada valorativa a las nubes y se aleja caminando.

¿Es ese?, pregunta Katharina.

Supongo que sí. ¿Sigues decidida?

Por supuesto. ¿Tú?

Jon asiente.

Ten cuidado, dice.

Katharina se pone en pie. Antes de que salga del local, Jon la llama. Se acerca a ella y la besa en la boca.

Hmm, dice ella. Hasta pronto.

Hasta pronto.

Jon la ve ir tras el hombre. Cuando los dos doblan una esquina, él sale de la cafetería, cruza la calle y entra en el hotel. F le espera en la recepción. Jon deja en el mostrador un sobre con

dinero, pero no levanta la mano de encima hasta que F no se vuelve hacia los casilleros que hay a su espalda, coge una llave y se la entrega.

Primer piso. Al final del pasillo.

Y endureciendo el tono añade: No te lleves nada, ¿eh? Ya me estoy arrepintiendo.

Jon sube las escaleras. No hay ascensor. La alfombra está gastada en el borde de los escalones. En el pasillo del primer piso hay varias bombillas fundidas. A pesar de las reformas para hacer el hotel más atractivo a los turistas, sigue pareciendo lo que siempre fue: un alojamiento para viajeros de comercio. Las puertas son de madera oscura, con el número en caracteres de latón bruñido. Antes de usar la llave, llama para asegurarse. Nadie responde. Mira a un lado y al otro del pasillo. Y se cuela dentro. Vuelve a cerrar la puerta sin hacer ruido. A Markel y a Virginia les han dicho que iban al hospital de Oviedo para que a Katharina le hagan una revisión.

La habitación es de las más económicas. Pequeña y oscura. Una ventana estrecha mira al callejón trasero. Una cama individual. El televisor está alzado sobre una repisa en lo alto de la pared frente a la cama. Debajo, un escritorio y una silla. No hay más mobiliario. En el escritorio: táperes con comida; platos de cartón; dentro de un vaso: una cuchara, un cuchillo y un tenedor; media barra de pan; una botella de vino; un hervidor de agua; sobres de té y una lata de galletas danesas. En la mesilla de noche: un diccionario Inglés-Castellano, Castellano-Inglés, dos novelas de bolsillo de John le Carré en inglés y cajas de medicamentos. Examina estos: aspirinas, protector estomacal y pastillas para dormir. Se asoma al cuarto de baño. Una mancha de herrumbre baja por los azulejos desde el grifo de la ducha. En la barra hay ropa tendida a secar. En el suelo, debajo del lavabo: una caja de detergente en polvo, una botella de jabón de lavavajillas y otra de lejía. Vuelve a la habitación.

Todo está ordenado, pero las reducidas dimensiones de la estancia hacen que parezca abigarrada. Huele a comida. No hay horno microondas, así que Jon supone que el inquilino consume frío el contenido de los táperes, a no ser que se los calienten en la cocina del hotel, cosa que duda. Además de la hora a la que el inquilino acostumbra a salir, F también le ha informado de que Virginia no acude a verlo a diario, sino cada dos o tres días. Al margen de ella, no recibe visitas. Apenas sale. Por las mañanas, mientras la camarera hace la habitación, baja a sentarse en el bar-comedor, donde nunca consume nada.

El hombre se encamina a la ermita de la Virgen de Guía. El camino parte de un extremo del monte Corbero, al pie de la Torre de la Atalaya, sube hasta media ladera y se mantiene llano hasta casi el final, cuando una nueva pendiente conduce a la cima, en el extremo opuesto del monte, donde se encuentra la pequeña ermita. Katharina lo sigue a una distancia que considera segura. Según lo que han planeado, todo cuanto tiene que hacer es ir tras él y avisar a Jon cuando emprenda la vuelta hacia el hotel. No cree que el hombre se haya percatado de su presencia. Por si acaso, se detiene varias veces y hace fotos del paisaje con el móvil, como una turista cualquiera.

El hombre toma asiento en un banco a mitad de camino para descansar. Ella sigue caminando, acercándose a él. Es mayor pero no viejo; algo a medio camino entre un padre y un abuelo, se dice Katharina. Viste pantalones de pana y una chaqueta de lana abrochada hasta el cuello. Se cubre la cabeza con un gorro de lona encerada igual que los que usan los pescadores. La ropa le hace bolsas, como si hubiese dado de sí o él hubiera perdido peso. Tiene las mejillas encarnadas. Las manos entrelazadas en el regazo. Contempla el paisaje con la boca entreabierta. No resulta amenazador.

Hola, dice ella en castellano. ¿Le importa que me siente? Los demás bancos están manchados de mierda de pájaro.

Él se aparta un poco pese a que hay espacio de sobra, y la invita a sentarse con un gesto y una breve sonrisa. Tiene los ojos azules. Durante un momento miran ambos al frente, Katharina de pronto nerviosa, preguntándose qué hace ahí, a punto de levantarse. Ante ellos, los tejados del pueblo, el estuario de la ría y al otro lado, como el detalle blanco y rojo que un pintor incorporaría para resaltar los verdes y grises de la ladera donde se ubica, la casa de los padres de Jon. Katharina no puede apartar los ojos de ella.

En un castellano muy tosco y con fuerte acento inglés, el hombre le pide disculpas y le pregunta de dónde es ella. Dice que le ha llamado la atención su acento.

Katharina considera si le beneficia mentir. ¿Ese hombre la conoce? No tiene tiempo para pensarlo. Se decide por la verdad. Múnich. El hombre le pregunta si habla inglés, y ella responde que sí, lo que a él le complace mucho. El hombre prosigue en ese idioma. Dice que le gustan mucho esas vistas. Sube a la ermita siempre que puede. También le agrada el puerto. Hay puerto en su ciudad, pero este huele mejor.

Está bien este sitio, añade. ¿Lleva usted mucho aquí?

Katharina responde que unos días.

Yo algo más. Me gusta el pueblo. Tiene mucha historia. Ahí atrás, dice señalando por encima del hombro, al otro lado de esta montaña, en lugar de ladera hay un acantilado, de pizarra, como si un cuchillo hubiera cortado la montaña en dos. Y en la base hay dos cuevas. Una al lado de la otra, como un par de ojos. No son naturales. Un barco militar disparó dos cañonazos. No sé cuándo. ¿Qué guerras han tenido por aquí?

La Guerra Civil...

Puede que fuera en esa. Los proyectiles abrieron dos cráteres y, poco a poco, las olas los han ido agrandando hasta convertirlos en cuevas. Yo no las he visto, claro está. Aunque me gustaría. Me lo han contado. Gente con la que consigo charlar cuando salgo.

Habla con calma. Cada poco se seca la nariz con un pañuelo blanco de tela, plegado pero sin planchar. Katharina se fija en varias salpicaduras de salsa en su chaqueta.

¿Qué hace usted en Ribadesella? Si me permite la indiscreción, pregunta él.

Katharina dice que está de vacaciones con su marido. Viajan juntos por España.

Ah. Eso está bien. Viajar en familia. ¿Hijos?

Ella sonríe y niega con la cabeza.

Yo estoy con mi hija. Vacaciones también. ¿Y dónde está él, su esposo?

Katharina responde que se ha quedado en el hotel. Ha comido algo que le ha sentado mal.

El hombre asiente comprensivamente.

La gastronomía local..., se limita a decir. ¿Y le gusta lo que ha visto hasta ahora?

Ella suspira y sonríe. Reconoce que solo a medias. Preferiría haber venido en verano, pero... Hace el gesto de abrazarse a sí misma y simula un escalofrío. Dice que antes solo había estado una vez en España, cuando era niña, de vacaciones con sus padres, en Mallorca. Desde entonces creía que todo el país era así, luminoso y cálido. Además, su marido se ha traído trabajo y ella tiene que pasar mucho tiempo sola. Añade que las cosas no están siendo como esperaba.

Así que a su esposo le sienta mal la comida y además tiene que trabajar. ¿A qué se dedica él?

Katharina busca en su bolso y saca una bolsa de nueces de macadamia. La abre y se la tiende al hombre para que se sirva. Él se asoma con curiosidad al interior, toma un fruto seco y se lo mete en la boca.

Hmmm... Muchas gracias.

Es guionista de televisión.

¿Qué clase de programas?

Documentales.

El hombre se sorprende. Dice que no sabía que los documentales tuviesen guion. Pensaba que se improvisaban. O que la cámara se ponía a funcionar y se grababa lo que sucedía delante, sin más.

Oh, no. Claro que tienen guion. Todo está planificado. ¿A qué se dedica usted?, pregunta Katharina ofreciéndole de nuevo las nueces. Tome varias.

A nada, dice él. La mayor parte del tiempo, a esperar.

¿A esperar qué?

Casi siempre a mi hija, dice él riendo. Sale mucho a hacer deporte.

Bajando la voz e inclinándose un poco hacia ella añade que cree que su hija ha conocido a un chico, por eso pasa tanto tiempo fuera del hotel. Él también espera que ella se canse del pueblo, o de ese chico, si es que existe, y que le diga que se van a otro sitio.

A mi hija no le gusta que yo salga del hotel si ella no está.

¿Por qué?

Tiene miedo de que cometa alguna torpeza, creo. Tengo mal las rodillas. Piensa que puedo caerme y hacerme daño. Una vez me sorprendió cuando yo estaba paseando por el puerto y se enfadó muchísimo. Le gusta que las cosas se hagan como ella dice. Es estricta. Temperamental.

Hace una pausa antes de continuar.

No tendría que hablar mal de ella. Pero dado que usted no la conoce, supongo que carece de importancia. O al menos mi incorrección es menos grave. En cualquier caso, salgo, como puede usted ver, y no me pasa nada malo, al contrario, tengo la oportunidad de conversar con alguien

tan encantadora como usted.

Yo también agradezco hablar con usted, dice Katharina sinceramente. Se siente cómoda junto a ese hombre. Reprime el impulso de colocarle bien el cuello de la camisa. Se ha puesto colonia o loción para el afeitado, pero por momentos llega hasta ella un leve tufo a ropa necesitada de un buen lavado, sudada y vuelta a usar.

A lo mejor me he puesto demasiado grave, dice él mirándose las manos. Retomando su pregunta, soy abogado. Aunque por mi edad ya apenas trabajo. Nada más que casos puntuales, compromisos la mayoría de las veces.

Katharina le pregunta de qué clase de casos se encarga.

No le gustaría oírlo, dice él. Temas aburridos y casi siempre desagradables.

Del respaldo de la única silla de la habitación, cuelga un batín burdeos con las mangas deshilachadas. De debajo de la cama asoman un par de zapatillas. Jon abre el armario. Poca ropa, toda de buena calidad, pero muy usada. No hay nada de interés. Se pone de puntillas para palpar el altillo. Toca algo, ¿una correa, un asa? Tira de ella y arrastra un portafolio de piel. Se sienta en la cama para examinar el contenido. Lo va disponiendo sobre la colcha a medida que lo extrae. Un sobre repleto de tiques de caja de toda clase de establecimientos: boutiques, hoteles, queserías, *duty frees* ... Una agenda con direcciones y números de teléfono, escrita con caligrafía temblorosa, en inglés. Un libro de cuentas con asientos de gastos. Un cuaderno lleno de notas igualmente en inglés e ininteligibles. Por último, algo que le es familiar, la escritura de propiedad de la casa de sus padres.

Esta vez no cometerá el mismo error que cuando vio la escritura entre todo aquel desorden de Virginia. Abre la ventana y se asoma al callejón. Al otro lado, el almacén de una pescadería. Detrás arranca la falda del Corbero. El monte se viene encima. Espera unos segundos. No ve a nadie. Delante del almacén se derriten regueros de hielo picado. Considera la posibilidad de volver a guardar todos los documentos en el portafolios, dejar caer éste a la calle y luego apresurarse a recogerlo. De esa manera F lo verá salir con las manos vacías. Pero no quiere correr el riesgo. Alguien podría pasar en el ínterin. Y desde la cocina del hotel también se accede al callejón.

Dobra la carpeta con la escritura de propiedad y se la mete en la cintura de los pantalones. Con el cuaderno de anotaciones hace lo mismo. Lo tapa todo con el jersey. Se mira en el espejo del cuarto de baño. Apenas se nota. El libro de asientos entraña más dificultad. Es voluminoso y de encuadernación rígida. Arranca la última docena de páginas, las dobla y se las mete en un bolsillo. La agenda la guarda en otro. Devuelve el libro de asientos y el sobre con los tiques, que no juzga importante, al portafolio, y este al altillo del armario. Echa un último vistazo a su alrededor. Alisa la colcha de la cama.

Deja la llave sobre el mostrador de recepción.

¿Ya sabes lo que querías?, pregunta F.

Sé algo.

F aprieta los labios. Su tono ha cambiado.

Jon... No está bien lo que has hecho. Y yo no debería haberte dejado. Lo que tienes que hacer es hablar con tu chica. No espiarla. Así solo te haces daño.

Tienes razón. Hablaré con ella.

Jon espera unos segundos, por si los remordimientos hacen que F le devuelva el dinero. No sucede.

¿Desde cuándo está ese hombre en el hotel?

Meneando la cabeza, F consulta el registro y dice una fecha. Jon hace memoria. El hombre llegó el mismo día que los perros.

El móvil de Katharina pita. Un mensaje. Comprueba que es de Jon, pero no se toma la molestia de leerlo. Es la señal para avisarla de que ya ha salido del hotel.

Debería irme, dice, y se pone en pie. Quédese con las nueces, por favor.

El hombre las acepta agradecido. Se estrechan la mano. Él vuelve a mirar plácidamente el paisaje, la ría llena, en pleamar, como si ya se hubiera olvidado de Katharina. Ella vacila.

¿Quiere que lo acompañe hasta la ermita? El último repecho es duro.

Él rechaza el ofrecimiento con un gesto de la mano. Dice que no es necesario. Las nueces le darán energía. Y añade: Además, usted tiene que volver con su esposo. Ya lo ha dejado solo el tiempo suficiente.

Cuídese mucho.

Y usted, querida.

* * *

Al día siguiente Virginia sale temprano hacia el gimnasio. Ya apenas dedica tiempo a las tareas de la casa. Katharina llama a la puerta del comedor, donde Jon está trabajando.

¿Te molesto si me quedo aquí?

Claro que no.

Katharina no lleva el jersey viejo que suele usar cuando está en casa. Se ha vestido y maquillado como si fuera a salir. Mira por la ventana a los campistas. Unos van, otros vienen, la cantidad parece invariable.

¿Te apetece un café?, dice ella.

Sí, gracias.

Va a prepararlo. Markel sigue durmiendo. Un rato después, oyen regresar a Virginia. Jon mira el reloj.

¿Dirías que ha tardado menos que lo habitual?

No lo sé.

Unos pasos suben la escalera. Markel se ha levantado por fin. Unos golpes suaves en la puerta del comedor. Asoma la cabeza.

Me ha parecido oírlos. Voy al pueblo. ¿Me acompañas?, le pregunta a Katharina.

Ella dice que prefiere quedarse.

Como quieras. Aprovecharé para llevar a los perros a la playa. Necesitan ejercicio. ¿Hace falta comprar algo?

Katharina pasa el resto de la mañana con Jon. El comedor no es la estancia más cómoda de la casa. La mesa y las sillas ocupan casi todo el espacio. Sobre un aparador, una bandeja con botellas de licor que nadie toca desde hace años. Entre ellas, como dos bebidas más, un frasco de reparador de madera y un aerosol insecticida. Pasea arriba y abajo. Mira por la ventana. Hablan a media voz. Especulan sobre cómo reaccionará Virginia. Ninguno consigue imaginarlo. Se preguntan por qué tiene a su padre —dan por cierto que se trata de su padre— en el hotel. ¿Solo para que estudie la escritura de la casa? ¿Le gusta tenerlo cerca? ¿Lo lleva con ella a lo largo de su viaje, como a los perros?

El día transcurre igual que muchos de los anteriores. Virginia prepara la comida. Markel vuelve con los perros. Comen todos juntos. Virginia parece no saber nada.

Por la tarde, de nuevo en el comedor, Katharina y Jon se preguntan si Virginia habrá ido al hotel. También es posible que su padre no haya descubierto aún el robo.

¿Dónde has guardado la escritura y lo demás?

Donde ella no puede encontrarlo. Tranquila.

Virginia ha salido a correr. La ven regresar. Sube la cuesta al sprint, empapada en sudor.

Por la noche duermen poco, abrazados.

Al día siguiente Virginia va de nuevo al gimnasio y esta vez no vuelve a casa. Cuando Markel pregunta por ella, Jon y Katharina simulan no haberse percatado de su tardanza. A la hora de comer, Markel la llama por teléfono. Ella no responde. Insiste repetidas veces, con el mismo resultado. Lo oyen entrar en el salón. Sin decir nada, Katharina y Jon van tras él. Jon levanta las persianas y abre las ventanas. Ella mira incrédula el desorden, con una mano sobre la nariz y la boca. Markel se abre paso como quien vadea una ciénaga, apartando con los pies ropa arrugada y basura.

Falta una maleta, afirma.

La víspera, ya de noche, Virginia sacó a pasear a los perros. Pudo entonces bajar una maleta y esconderla en la cueva, especula Jon. Esa mañana, ha simulado ir al gimnasio como cualquier otro día y recogido la maleta. Puede haber llamado a un taxi para que la recoja frente a las cuevas de Tito Bustillo y no tener que arrastrar el equipaje hasta la estación de autobuses.

Se ha ido, sentencia Markel, y le da una patada a un zapato de tacón. ¡Hija de puta! ¡Cómo puede hacerme esto!, dice llevándose las manos a la cabeza. ¿Qué voy a hacer?

Markel..., dice Jon.

¡Ahora no!

Respira hondo, cierra los ojos y repite, en tono de disculpa: Ahora no.

Se va a su habitación, donde pasa el resto de la tarde. Le oyen hablar, dejando mensajes suplicantes en el buzón de voz de Virginia. Katharina cree oírlo llorar. Jon baja a la cochera.

También ha abandonado a su perro, dice cuando vuelve.

Markel no sale de la habitación hasta que es de noche. Cuando oye el griterío en el prado de San Juan, sube las escaleras apoyándose en la barandilla y frotándose la cara con la otra mano para espabilarse. Está despeinado. Tiene hinchados los ojos. Sale a la terraza de arriba y se reúne con Jon y Katharina que, tomados de la mano, miran el cielo. Han vuelto las luces. Desde el prado de San Juan llegan exclamaciones de asombro, de felicidad desatada, infantil, de anhelo por fin satisfecho. Muchos, olvidándose de sus instrumentos de grabación y de medida, alzan los brazos a las alturas. En la cochera, los dos pastores alemanes ladran histéricos.

Son los tres objetos de la vez anterior; triangular, ahusado y circular; rojo, azul y verde respectivamente. Permanecen estáticos en el cielo, encima del pueblo, formando un triángulo, con el objeto circular en la cúspide. Sus luces comienzan a subir y bajar de intensidad, como si los tres latieran al unísono. Con cada pulsación llega un sonido grave, que se percibe más con la caja torácica que con los oídos. A medida que el ritmo de los latidos luminosos se acentúa, la congregación de ufólogos va quedando en silencio. Markel, aturdido, se apoya en la barandilla de la terraza. De forma quizá involuntaria, se peina con los dedos, se mete la camisa dentro de los pantalones.

Es lo más bonito que he visto nunca, dice con la voz entrecortada.

Cesan las pulsaciones. Se interrumpe asimismo el sonido. Y de inmediato arranca una nueva secuencia. El objeto azul y el rojo se apagan. Queda encendido nada más que el verde, el circular. Murmullos de expectación en el prado de San Juan. Se apaga el verde y se enciende el rojo. Se apaga el rojo y se enciende el azul. Se apaga el azul y vuelve a encenderse el verde. Así una y otra vez, cada vez más rápido. Y al mismo tiempo que crece la velocidad, aumenta la intensidad de la luz, que ilumina todo el pueblo, la ría, el cielo. Verde, azul, rojo, verde... Ya no es posible mirar directamente a los objetos, transformados en soles. Jon y Katharina se arriman uno al otro y se protegen los ojos con la mano. Jon acaba por apartar la vista. Ve que los ventanales de la casa reflejan los colores de la secuencia. Por un instante tiene la impresión de que las luces celestiales se han colado dentro. Markel, agachado y encogido, como si se enfrentara a una tempestad de arena, insiste en mirar los objetos de reojo.

Y se detienen. Los testigos están deslumbrados. La oscuridad que sigue parece absoluta, pese a que las luces del pueblo continúan encendidas, y el alumbrado urbano, y los tres objetos desconocidos, que han recuperado su brillo inicial. Vuelve a oírse el sonido grave y oscilante. En la cochera los perros ladran y tiran de sus cadenas. Markel se palpa el pecho.

¿Lo sentís?, pregunta.

Jon y Katharina lo miran entre parpadeos, medio ciegos aún.

Nos saludan, dice Markel, que vuelve a lucir su sonrisa de siempre, entusiasmado. ¡Mirad!

En el prado de San Juan, silencio expectante. Alguna exclamación aislada, con un deje de temor.

El objeto circular se pone en movimiento. Desciende desde su posición en la cima del triángulo. Sobrevuela con parsimonia el pueblo y la ría. Su forma se hace más apreciable. Tiene grosor. Recuerda a un neumático. Al mismo tiempo que se desplaza, gira sobre sí mismo, en posición vertical. El canto se halla recorrido por estrías luminosas. Se dirige hacia Katharina, Jon y Markel. Pasa sobre la casa. Más ancho que ella. Los tres alzan la cabeza, boquiabiertos. El objeto se pierde de vista al otro lado del tejado. Markel corre a la puerta trasera. La abre justo a tiempo de verlo ocultarse tras la cima del monte. Está descendiendo. La hilera de eucaliptos se recorta sobre el fulgor verdoso.

Jon y Katharina han salido también. No comprenden que Markel eche a correr escaleras abajo, hacia la cochera. Un momento después regresa acompañado por los perros.

¡Ha aterrizado! ¡Vamos a verlo de cerca!, grita sin dejar de correr. ¡No os quedéis ahí! Tropieza. Azuza a los perros.

Uno de los pastores alemanes, no obstante, se queda paralizado con el rabo entre las patas. Markel lo llama por encima del hombro, pero no se detiene a esperarlo. El otro animal le precede. Jon y Katharina los ven alcanzar los eucaliptos y saltar el muro de piedra.

Tengo que ir, dice Jon. El muy imbécil ni siquiera lleva una linterna. Se va a abrir la cabeza.

Pero no se pone en marcha de inmediato. Siente náuseas y está mareado. A Katharina le sucede lo mismo. Tienen que tomar asiento. Jon espera unos segundos. Entra al aseo y se moja la cara. Masajeándose las sienes, va a la despensa en busca de la linterna.

Ten cuidado, le dice Katharina.

A media ladera se encuentra con el perro atemorizado. Es Edmund, el pastor alemán de Virginia, incapaz por lo visto de avanzar y también de retroceder. Gimotea, da vueltas sobre sí mismo y mira hacia el punto por donde desaparecieron Markel y el otro animal. Jon continúa subiendo. Al alcanzar el muro se detiene. No hay rastro del objeto circular. A su espalda, el triangular y el ahusado mantienen su posición en el cielo. Hay un gran revuelo en el prado de San Juan. Gente en estampida hacia el supuesto lugar de aterrizaje. La ruta más directa es la que Jon ha seguido, a través de su propiedad. Pero la puerta está cerrada para ellos. No les queda más remedio que dar un rodeo de cerca de un kilómetro, por la aldea de Ardines.

Al otro lado del muro se extiende en primer lugar un trecho de hierba alta entre la que asoman frutales jóvenes. A continuación, el terreno comienza a declinar suavemente hacia la dolina. Los frutales dejan paso a un soto de castaños. El suelo, cubierto de hojas secas, es mullido. Se hace más fácil caminar. El sonido pulsátil de los objetos no ha cesado. A Jon le gustaría que se detuviera. Le palpita la cabeza. Le duelen los oídos como cuando aterriza un avión. Rodea una zanja de dos metros de ancho y casi diez de largo, de bordes desmoronados y fondo poblado por helechos: un antiguo horno de cal. Los árboles se elevan hasta los quince metros, lo bastante

próximos entre sí como para que las copas creen una celosía. Troncos cubiertos de hongos y de un musgo pálido que forma flecos. Ramas que han crecido demasiado, desgajadas, sostenidas en equilibrio por otras ramas de árboles vecinos. Árboles muertos, asfixiados por enredaderas y zarzas.

¡Markel!

Ninguna respuesta.

¡Markel!

Tiene que gritar con todas sus fuerzas. El estrépito es apabullante. También la actividad. Jilgueros, gorriones, tordos, zorzales, cornejas, becadas, una pareja de águilas ratoneras, lechuzas, cárabos... vuelan enloquecidos entre las ramas. A ellos se suman los murciélagos, por docenas, por cientos. Jon se agacha para protegerse. Con el fin de ver mejor el espectáculo, levanta la linterna. El haz de luz deslumbra a una urraca, que se estrella contra un castaño con un golpe seco y cae entre la hojarasca, donde queda inmóvil. Mantiene la linterna apuntando hacia abajo. Advierte entonces un sonido que había venido oyendo sin prestarle atención, eclipsado por la pulsación sonora de los objetos. Graznidos. Gaviotas. Han abandonado sus dormideros y sobrevuelan el pueblo en bandadas despavoridas.

En el suelo del bosquecillo hay tantas carreras como en el aire. Erizos, zorros, turones, comadreas, jabalíes, ardillas, topillos, ratones de campo... colisionan entre ellos, se revuelcan, siguen huyendo sin objetivo. Jon se pega a un árbol. Encima de cada piedra, de cada tocón: un sapo, una salamandra, una musaraña, una culebra...

¡Markel! ¡Markel!

Sus gritos producen un único efecto en la vorágine que lo rodea. Una de las criaturas se detiene y lo mira con las orejas alzadas.

Edgar, dice Jon. Edgar, ven aquí. ¿Dónde está Markel?

El pastor alemán da unos pasos vacilantes hacia él con la cabeza gacha. Pero de pronto parece recordar lo que sucede, mira la copa de los árboles y echa a correr pendiente abajo, perdiéndose de vista.

Jon sigue avanzando de árbol en árbol, alarmado sobre todo por los jabalíes.

¡Markel!

Como antes, sin respuesta.

Es fácil desorientarse, pues debe mirar siempre al suelo para no tropezar con las raíces soleventadas, sin más luz que la de la linterna. No obstante, conoce el sitio, tiene referencias —el calero, otro calero más pequeño, los restos de una casa de piedra donde se almacenaba la caliza y la leña para los hornos, además de la cal producida— que le facilitarán dar con el camino de vuelta. Pero Markel no. Jon está seguro de que su primo se ha perdido. Sin embargo, no se preocupa demasiado. Ardines está a quince minutos a pie. En cuanto Markel se serene, seguramente podrá llegar hasta allí. Y, en cualquier caso, lo más probable es que alguien más lo encuentre. En unos momentos, los ufólogos tomarán el monte. Jon ve acercarse las linternas de

los primeros, tímidos haces entre los árboles.

Estas luces quedan eclipsadas de pronto por otra. Un brillo verde brota de la hondonada donde está la dolina. El objeto circular se eleva hacia el cielo. Crece la agitación de animales y aves, perfectamente visibles ahora gracias a la luz alienígena que se cuela entre la fronda. Por un instante, los ojos de todas y cada una de las criaturas reflejan el resplandor, se tornan verdes, una abstracción puntillista. El objeto sobrevuela el soto y se aleja rumbo al pueblo. Desde el camino por donde se aproximan los ufólogos llegan gritos desesperados: ¡No! ¡Esperad! ¡No nos dejéis aquí!

El bosquecillo vuelve a quedar a oscuras y, como si alguien girara un regulador de volumen, se aplacan los chirridos y los lamentos, cesan las carreras. Jon barre a su alrededor con el haz de la linterna. Una ardilla trepa a un castaño. Un jabato sigue a su madre y desaparece entre la espesura. Un sapo rezagado encuentra refugio bajo un tronco podrido.

¡Markel!, vuelve a decir, con poco convencimiento.

Se siente agotado, y del cansancio nace de pronto la indiferencia. Decide que es hora de volver a casa.

Llega al muro. Los objetos han desaparecido. Luego Katharina le dirá que, en cuanto el verde se reunió con los otros dos, partieron juntos en dirección al mar, igual que la otra vez.

Baja la ladera sin prisa, asegurando cada paso. Edmund se une a él, se restriega contra sus piernas.

Tranquilo, tranquilo. Ya ha pasado. Ven conmigo.

El perro le lame la mano, feliz. Menea la cola.

Desciende sobre Jon una grata quietud. Ya no le duele la cabeza. Le gusta estar allí, en su casa, con un perro. Inspira el olor a eucalipto y a helecho. Arranca una hoja de hierbaluisa y se la pasa bajo la nariz. El olor le golpea. La hoja parece empapada en colonia de bebé.

Más abajo, se detiene a admirar el limonero que crece junto a la parte trasera de la casa. Es viejo, ya era alto cuando él era un niño. Tiene algunas ramas apuntaladas con tablas; otras, sujetas con cuerdas al tronco. Y siempre cargado de frutos, pletórico, encorvado por su peso, una cornucopia con forma de árbol.

Espérame aquí, le dice al perro.

Entra en la casa. Deja encendida la bombilla de la entrada, para que sirva de ayuda a Markel cuando vuelva. Le cuenta a Katharina lo sucedido. Ella también se encuentra mejor, no le duele la cabeza ni tiene náuseas. Los dos miran por la ventana de la sala de estar mientras se toman una infusión. Luego Jon coge unas sobras de la nevera y sale de nuevo. Baja con el pastor alemán a la cochera. Lo ata. Le sirve la comida y le pone agua fresca.

A la mañana siguiente Markel no ha vuelto aún. Katharina y Jon bajan a su cuarto y revisan sus pertenencias. No encuentran la cartera ni el pasaporte ni el móvil. Van juntos al pueblo. Hacen algunos recados. Todo el mundo comenta lo sucedido. En los medios de comunicación se habla

de Ribadesella y de la segunda visita de los objetos no identificados. Jon y Katharina no sienten ningún interés. Pasean por el puerto. Ella le dice que va a retomar la traducción del manual de odontología. Luego, ya en casa, llama a la empresa de servicios editoriales que se la encargó. Aduciendo motivos de salud, dice que no la terminará en la fecha acordada y solicita una prórroga. Se la conceden sin rechistar. Nadie más quiere el trabajo.

Bueno, dice ella después de comer, voy a llamar a mis padres.

Al cabo de un rato se reúne con Jon. Él está limpiando el salón. Ya ha llenado tres bolsas de basura. Katharina se sienta en uno de los sillones.

¿Qué te han dicho? ¿Van a venir?

No. Iré yo a Múnich.

¿Te acompaño?

Ella niega con la cabeza.

Yo me ocupo de calmarlos. ¿Qué vamos a hacer con toda esta ropa?

Guardarla en las maletas.

¿Y luego?

Esperar.

¿Cuánto? ¿Crees que ella va a volver, que reclamará algo?

Lo dudo mucho. Pero esperaremos un poco. ¿Cuándo te vas?

Mañana. Mis padres me mandan un billete.

Te llevaré al aeropuerto.

Jon pasa el resto del día devolviendo el salón a su estado original. Solo hace un descanso para sacar a Edmund a pasear. Termina de meter la ropa de Virginia en las maletas. Después de pensarlo brevemente, hace lo mismo con las cosas de su primo.

Llega la noche y siguen sin tener noticias de Markel ni de su pastor alemán. Por alguna razón, que el perro tampoco haya vuelto tranquiliza a Jon. Ha intentado varias veces llamar a su primo al móvil. Una voz grabada le ha informado de que el aparato se encuentra apagado o fuera de cobertura.

Mientras él prepara la cena, Katharina entra en la cocina sonriendo.

¿Qué pasa?

Mis padres..., dice ella negando con la cabeza. Me han enviado un billete solo de ida.

Él sigue removiendo el contenido de una cazuela. Katharina lo abraza por la espalda.

No te preocupes.

No me preocupo.

Jon mete el equipaje de Katharina en el maletero del coche. En el puente sobre la ría se topan con un atasco. El pueblo está colapsado de vehículos. Hay varios equipos de televisión. En el prado de San Juan no cabe ni una tienda de campaña más. Voluntarios de Protección Civil y de la Cruz Roja prestan ayuda a los ufólogos, que no cesan de llegar. Mientras pasan frente a la estación de

autobuses, Katharina le pide que frene.

Sentado en un banco, está el hombre con el que habló en el camino a la ermita de la Virgen de Guía. Viste los mismos pantalones y la misma chaqueta de lana. Tiene el pelo revuelto y no se ha afeitado. Mastica despacio un bocadillo mientras contempla la multitud cargada con mochilas que desfila ante él. A sus pies, una maleta.

¿Podemos seguir?, pregunta Jon.

Katharina dice que sí.

Cuando Jon vuelve, el banco que ocupaba el hombre está vacío.

En casa, abre el armario de su habitación y comprueba qué cosas ha dejado Katharina.

Vuelve a instalar su lugar de trabajo en el salón. Las maletas de Virginia y de Markel están almacenadas en el sótano. El tiempo es más templado. Deja al pastor alemán suelto y la puerta abierta, para que el animal entre y salga a su antojo. Le gusta trabajar mientras el perro dormita a sus pies. Ignora las noticias que se siguen publicando sobre los objetos luminosos, pero es inevitable enterarse de ciertas cosas. En el pueblo todos hablan de ello. La noche de la segunda aparición de las luces se produjo una muerte en el prado de San Juan. Una mujer falleció como consecuencia de un infarto. Al parecer era de edad avanzada. Jon se pregunta si pudo ser la mujer con la que habló. Podría investigar en internet, por si figura algún dato más o una foto, pero no se toma la molestia.

Le sorprende lo poco que piensa en su primo. Ha dado por sentado que, frustrados sus planes, Markel y Virginia ya no tienen nada que hacer allí y no van a volver. Su recuerdo, en especial el de Markel, se borra rápidamente, igual que se borró después de que se conocieran cuando eran niños. Si es que se conocieron.

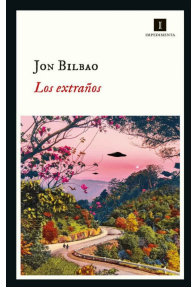
Una mañana baja a la cochera con comida para el perro. El animal no está. Lo llama. No responde. La puerta de entrada a la propiedad está cerrada, pero puede haberse colado entre las ramas del seto que cierra la finca por el lado de la carretera. O quién sabe.

Se dice que ya ha esperado suficiente. Carga las maletas de Virginia y de Markel en el coche. Llena el maletero, el asiento trasero y el del acompañante. Va al pueblo. Continúa habiendo un gran ir y venir de vehículos. Deposita las maletas en un contenedor de recogida de ropa usada. Cuando vuelve, se detiene antes de llegar a la cueva de Tito Bustillo. Algo le ha llamado la atención en la cuneta. Edmund. Atropellado, muerto. Una furgoneta frena tras el coche y toca el claxon con saña para que se ponga en marcha.

Toma asiento ante el ordenador, dispuesto a trabajar varias horas seguidas. La casa está en silencio. Un poco polvorienta. Ya es hora de decirle a Lorena que regrese. Hoy no ha hablado con Katharina. Tiene la tentación de saludarla por el chat, por si está conectada. No lo hace. Está seguro de que ella volverá pronto.

Bilbao , junio de 2019

Los extraños



Jon y Katharina pasan el invierno en la costa cantábrica. Se alojan en la vieja casa familiar de él, demasiado grande para dos personas. Se sienten solos y, cuando Katharina se queda embarazada sin desearlo, empieza a preguntarse si irse a vivir con él fue buena idea. Dos sucesos vienen a alterar la rutina de la pareja. Una noche, unas luces extrañas aparecen en el cielo. A la mañana siguiente, Markel, un primo lejano de Jon, se presenta por sorpresa en la casa. Le acompaña la atractiva y silenciosa Virginia, una suerte de asistente. La situación pronto se vuelve incómoda: los primos no recuerdan haberse visto nunca y Jon duda de que Markel sea quien dice ser; la presencia de Virginia se hace cada vez más amenazadora y, además, los visitantes no solo no parecen querer irse, sino que empiezan a apropiarse poco a poco de la casa. Pese a todo, Jon y Katharina se sienten fascinados por esos extraños en los que ven un remedio para su aburrimiento y quizá también para sus problemas.

Jon Bilbao nació en Ribadesella (Asturias) en 1972. Es autor de los libros de cuentos *Como una historia de terror* (2008; Premio Ojo Crítico de Narrativa), *Bajo el influjo del cometa* (2010; Premio Tigre Juan y Premio Euskadi de Literatura) y *Física familiar* (2014); así como de las novelas *El hermano de las moscas* (2008), *Padres, hijos y primates* (2011; Premio Otras Voces, Otros Ámbitos) y *Shakespeare y la ballena blanca* (2013). En Impedimenta ha publicado su volumen de relatos *Estrómboli* (2016), su tríptico *El silencio y los crujidos* (2018) y su novela *Basilisco* (2020). Actualmente reside en Bilbao.

Edición en ebook: septiembre de 2021

Copyright © Jon Bilbao, 2021

Autor representado por The Ella Sher Literary Agency, www.ellasher.com

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2021

Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Daniel Matías

Corrección: Laura M. Guardiola

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-18668-12-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

Los extraños

Parte I

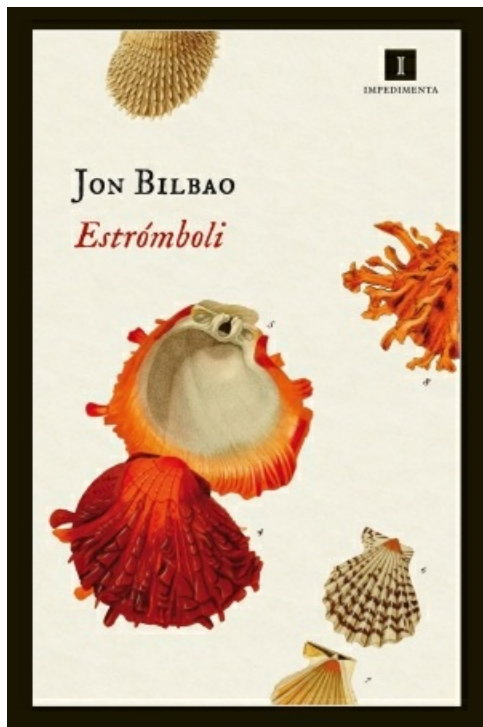
Parte II

Parte III

Sobre este libro

Sobre Jon Bilbao

Créditos



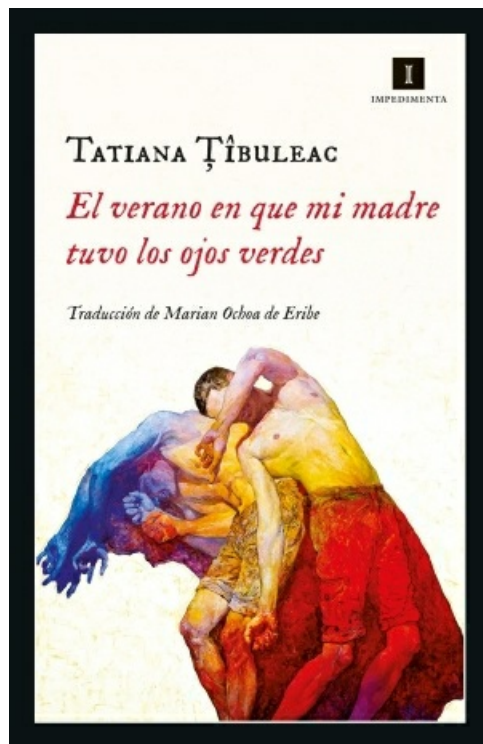
Estrómboli

Bilbao, Jon
9788417115081
272 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una banda de motoristas que acosa a una pareja que viaja por Estados Unidos; un hombre se ve obligado a comer una tarántula viva ante las cámaras de un programa de televisión para solucionar los problemas económicos de su familia; dos buscadores de oro aficionados sufren un terrible accidente en las montañas que pone a prueba su amistad; la muerte de dos vagabundos y el descubrimiento de unas ruinas misteriosas perturban la celebración de una boda; un hombre casado y su amante emprenden un viaje a la isla de Estrómboli para auxiliar a alguien muy importante para ambos... Los nuevos y esperados relatos de Jon Bilbao, en los que manifiesta una maestría fuera de lo común, mientras refleja de un modo inquietante y demoledor la extrañeza que se esconde tras la vida y las relaciones humanas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes

Tibuleac, Tatiana

9788417553159

256 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Premio Las Librerías Recomiendan 2020 Ficción.

Premio Cálamo al mejor libro del año 2019.

Aleksy aún recuerda el último verano que pasó con su madre.

Han transcurrido muchos años desde entonces, pero, cuando su psiquiatra le recomienda revivir esa época como posible remedio al bloqueo artístico que está sufriendo como pintor, Aleksy no tarda en sumergirse en su memoria y vuelve a verse sacudido por las emociones que lo asediaron cuando llegaron a aquel pueblecito vacacional francés: el rencor, la tristeza, la rabia.

¿Cómo superar la desaparición de su hermana? ¿Cómo perdonar a la madre que lo

rechazó? ¿Cómo enfrentarse a la enfermedad que la está consumiendo?

Este es el relato de un verano de reconciliación, de tres meses en los que madre e hijo por fin bajan las armas, espoleados por la llegada de lo inevitable y por la necesidad de hacer las paces entre sí y consigo mismos.

Plena de emoción y crudeza, Tatiana Țîbuleac muestra una intensísima fuerza narrativa en este brutal testimonio que conjuga el resentimiento, la impotencia y la fragilidad de las relaciones maternofiliales. Una poderosa novela que entrelaza la vida y la muerte en una apelación al amor y al perdón. Uno de los grandes descubrimientos de la literatura europea actual.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Damas oscuras

Bronte, Charlotte
9788417115364
496 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Veintiún cuentos de fantasmas escritos por algunas de las maestras victorianas del relato escalofriante. Un regalo perfecto para Navidad y para leer al amor de la lumbre.

¿Qué hace que las historias victorianas de fantasmas sean tan perfectas para leer al calor de una chimenea en una noche oscura?

Historias de mansiones abandonadas, de viajes en coches de caballos por páramos desolados, de castillos en acantilados, de bellas mujeres sepulcrales, de oscuras historias familiares en las que los antepasados no acaban de irse del todo...

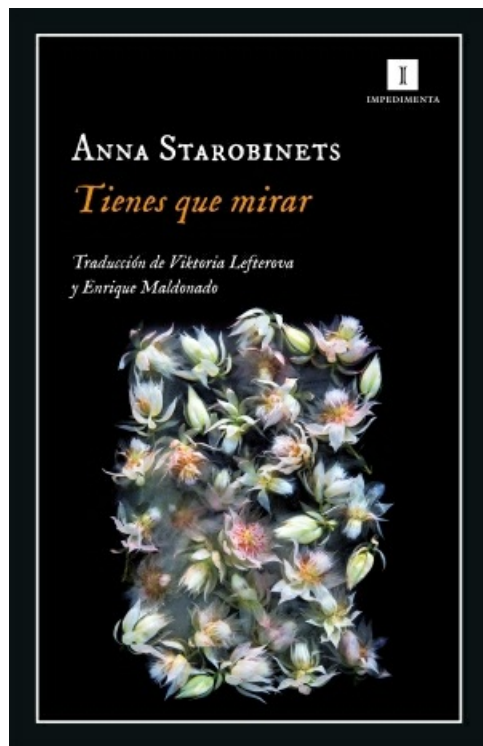
Un género en el que algunas eminentes damas novelistas, especialistas en lo escalofriante, marcaron tendencia.

Las veintiuna historias incluidas en este volumen abarcan el reinado de la reina Victoria y

cuentan con aportaciones de autoras clásicas como Charlotte Brontë, Elizabeth Gaskell, Margaret Oliphant o Willa Cather, junto con otras no tan conocidas pero no por ello menos especialistas en lo tenebroso y lo sobrenatural.

Ambientados en las montañas de Irlanda, en una villa mediterránea o en una tétrica mansión de Londres, estos relatos evidencian la fascinación victoriana por la muerte y por lo que había más allá, con atmósferas sugerentes, ingenio y mucho, mucho humor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Tienes que mirar

Starobinets, Anna

9788418668012

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En 2012, Anna Starobinets descubrió, en una visita rutinaria al médico, que el hijo que esperaba tenía un defecto congénito incompatible con la vida. Lo que comienza siendo la crónica de un embarazo malogrado, acaba convirtiéndose en una verdadera historia de terror. Starobinets narra con extrema dureza y desgarradora humanidad el peregrinaje por las instituciones sanitarias de su país, su posterior viaje a Alemania y el duelo por el hijo perdido. *Tienes que mirar* desencadenó una tormenta en Rusia cuando se publicó, ya que se atrevía a abordar el tabú del poder que tienen las mujeres sobre su propio cuerpo. Una historia de dolor y de resistencia tan audaz como clarificadora, tan intensa como real, sobre un trauma silenciado.

CRÍTICAS

"Un trauma silenciado en Rusia que es ya, gracias a este libro de lectura obligatoria, un secreto a voces."

Galina Yusefovich, *Meduza*

"Un libro sobre un miedo profundo y universal que muy pocos se atreven a confesar o, incluso, a mencionar."

Galina Yusefovich

"*Tienes que mirar* explora la moral y la ética humanas que aquejan a todas las familias desde tiempos inmemoriales desde la belleza."

Lisa Hayden, *Lizok's Bookshelf*

"El libro de Anna Starobinets rebosa franqueza e incomodidad a partes iguales, tanto por su generosidad como por su desesperación."

Svetlana Reiter

"Una exposición tan despiadada del dolor personal ante la que es difícil mantener los ojos abiertos."

Andrey Loshak

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El fantasma y la señora Muir

Dick, R. A.

9788417553814

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Lucy Muir es una joven viuda a la que todo el mundo considera "muy poca cosa" a pesar de que ella se tiene por una mujer muy decidida. Agobiada por las deudas tras la muerte de su marido, decide mudarse a Gull Cottage, una casita ubicada en un pintoresco pueblo costero inglés llamado Whitecliff. Según los rumores que corren por la zona, la casa está embrujada, y el espíritu del atractivo y arisco capitán Daniel Gregg, antiguo dueño de la casa, vaga por el lugar importunando a todos los que osan alterar su descanso. Inmune a las advertencias, Lucy se plantea descubrir por sí misma si esas historias son ciertas. La relación estrambótica y a la vez sumamente tierna que establece con el capitán Gregg se convertirá en un refugio para ella y en un amor que desafiará todas las leyes de la lógica. Publicada en 1945, y germen de la célebre película de Joseph L. Mankiewicz, *El fantasma y la señora Muir* es una comedia romántica, deliciosa y refrescante sobre la capacidad del amor para romper cualquier frontera no solo en la

vida, sino también más allá de esta.

[Cómpralo y empieza a leer](#)